

001

50KSEW

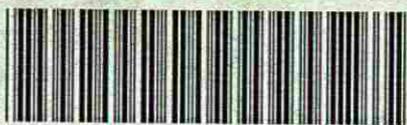
RECUERDOS

MIOS

B97001

86

R.C.



1020028117

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

M. SOKSEW



RECUERDOS MIOS

RICARDO COVARRUBIAS

UANL

10¢

NIVELADA AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

100546

AL ALFONSO X EL SABIO

MADRID
LIBRERIA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2

1886

15731

920

S.

P07001

56



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

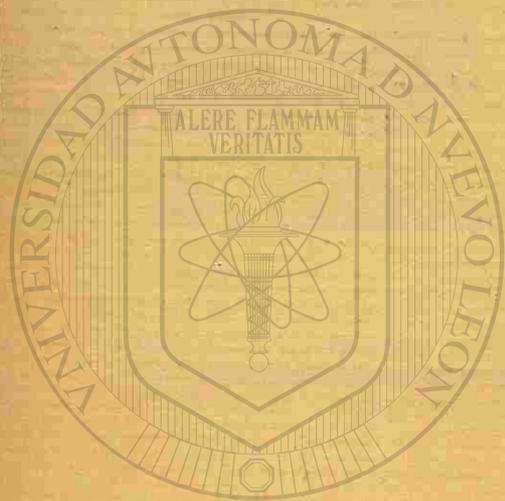
À MIS PADRES

Nadie más digno que vosotros de recoger el primer fruto de mi trabajo, ya que vosotros guiásteis mis primeros pasos en el camino de la vida. Le encontraréis áspero y desabrido como fruto de un árbol joven que no ha alcanzado toda la madurez de una vegetación exuberante; pero yo seré dichoso si no me juzgáis ingrato á vuestro esmerado cultivo, al leer estas páginas que os dedica vuestro amatísimo hijo

EL AUTOR

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

MADRID. — EST. TIP. DE RICARDO FÉ, CEDACEROS, 11.



RECUERDOS DE UN VIAJE

ESTAS páginas no son más que una agrupación más ó menos ordenada de mis impresiones de viaje, escritas en márgenes de cartas y girones de papeles perdidos y encontrados entre los rotos de mis bolsillos. No he querido variar en nada su estilo y su forma, de esta manera á falta de otros méritos, tal vez encontréis en ellas ese sabor salvaje á veces de la naturaleza que las ha inspirado, ó el estridente ruido metálico de la sierpe de vapor que desliza sus anillos de hierro por entre abismos y montañas.

Ya lo sabéis pues: su estilo ora es incier-

to y débil como débil y borrosa es la letra en que están escritas al vaivén de los trenes, ora vago y monótono, como vaga es la línea en que se confunden mar y cielo y monótono el eterno batir del oceano entre las rocas de sus playas, ora triste y melancólico como la luz de la luna en los pinares de las montañas.

Encontraréis en ellas tal vez un subjetivismo que os fastidie, perdonadme mi falta, están escritas como las sentí, y ¡yo sentía entonces tanto!

I

Habia pasado aquel verano en una pequeña ciudad enclavada al otro lado de los Pirineos en el más pintoresco de sus valles.

Era el 24 de Septiembre. Aquella misma tarde, debía yo salir acompañando á mi padre; y cosa extraña, los encantos de un viaje no habian bastado más que á sumirme en una profunda melancolía que yo no

acertaba á explicarme. ¿Sería que iba á abandonar el cielo que habia alumbrado tal vez los dias más tranquilos de mi vida?

Por la mañana corrí furtivamente á la casa de campo de Saintange, iba á dar un último adiós á aquellos sitios tan queridos que representaban para mí la cuna de mi alma. Mme. D... me abrazó como á un hijo; ¡qué señora tan buena! me parecía ver en ella á mi Abueita que está en el cielo... y Elisa, mi hermana del alma, cuántas cosas le hubiera dicho y no le dije nada, porque las palabras se agolpaban á mi boca y me anudaban la garganta. Pero no importa, ella debió leer en mis ojos como yo lei en los suyos, esas confidencias del alma que no pueden decirse con palabras, por que las palabras son para la materia y la materia las profana. ¡Pobre Elisa! era una de esas almas que pasan por la tierra como las golondrinas por el lago, rozando apenas en la superficie las alas de su inocencia; yo era entonces como ella me decía, un niño que parece un hombre, y sin embargo ya me habia lanzado al mar de la vida y habia ya sufrido todo el rigor de sus tormentas; mi alma estaba destrozada cuando conocí á

Elisa y ella fué curando sus girones con el bálsamo de una amistad purísima.

Elisa me ocultaba sin embargo un secreto que debía ser algo importantísimo en la historia de su vida; cuántas veces la ví alzar sus ojos al cielo y abismar su alma en la inmensidad azul! entonces las lágrimas resbalaban por sus mejillas cayendo en benéfica lluvia sobre su alma, como el rocío de la noche caía sobre las corolas de sus flores, y yo la preguntaba jugueteando si estaba enamorada de una estrella. Pobre Elisa, ella me contestaba con una sonrisa de ángel que encerraba todo el dolor de su existencia: estaba enamorada de lo imposible. Yo amaba también entonces con toda la fuerza de mi primer amor; Elisa era la depositaria de mis penas y ella me había hecho el confidente de sus lágrimas, tal vez me encontraba ella en mi sencillez de niño más digno de penetrar los misterios de su alma y me llamaba su pequeño hermano, y me hacía ver sin conocerlo los tesoros de sensibilidad y candor que ella encerraba, y yo nacía como por encanto á un mundo más tranquilo y sereno al calor de aquella amistad purísima de dos almas.

¡Qué triste fué el partir! Yo recuerdo que le enseñé una medalla de mi madre que llevo siempre conmigo y la besó. — Ten fe en ella Elisa, y serás feliz — le dije balbuceando como un niño su hermosa lengua, — y dos lágrimas rodaban por sus mejillas y estrechaba mi mano convulsamente, y yo dejaba un recuerdo en cada árbol del parque y una lágrima en cada flor, y aquellos árboles y aquellas flores tenían para mí un aspecto fúnebre como si hubieran de dar sombra á mi alma, que se quedaba allí hecha pedazos como encerrada en una tumba.

A cada árbol que pasaba yo volvía la cabeza atrás como un niño; yo me encaramé sobre el pretil del puente para verla una vez más. ¡Qué hermoso grupo! La abuela que no siente el peso de los años y la nieta abrumada por el peso de su juventud, y yo miraba con toda la fuerza de mis ojos, pero la verja se cerró pronto tras ellas, que desaparecieron entre los álamos de la avenida.

Llegó la hora y hubo que marchar.

Mi pequeña hermana Teresina nos había hecho á mi Padre y á mí una despedida llena de besos y caricias, y mi Madre y Pilar

nos dieron el último abrazo, tristes y silenciosas al pensar que iban á quedar solas en un suelo extranjero; sólo mis dos hermanos Paco y José María, parecían poco afectados por nuestra partida.— Yo siento mucho que te marches — me decía José, — pero lo disimulo, — ya se ve, como que yo era el censor de sus travesuras en calidad de superior inmediato, mi marcha significaba para ellos poder ir á pescar las tencas cuando les pluguiera, saltando de peña en peña por la orilla del río, escaparse al gimnasio á colgarse por las cuerdas y los trapecios, rendir galopando á la yegüecita del Hotel y ponerse de cabeza en todos los peligros que encontraban á su paso y en los que buscaban con afán.

Yo me despedí dos ó tres veces de la familia de los Sres. de A... nuestros bondadosos compañeros de expedición y de Manolita, el ángel de la casa. La familia de Mr. D..., Mme. C..., Pilar y Conchita L..., Pierre y Joseph mis compañeros de colegio y amigos de la infancia, Mr. S..., un señor con toda la galantería de un buen francés y toda la gracia chispeante de un andaluz, que parece haber nacido en broma y sigue

viviendo de la misma manera; todos nos colmaron al despedirnos de las más delicadas atenciones como nos habían favorecido á nuestra llegada con la más generosa hospitalidad. ¡Qué buenos amigos! nobleza, lealtad, desinterés, franqueza casi española, todo cuanto se puede encontrar de excelente en el carácter del buen francés. Por eso yo encontraba siempre un plazo que dar á mis despedidas, como si retardando mi adiós hubiera de prolongar la estancia al lado de aquellos seres queridos que me rodeaban.

Eran las cuatro de la tarde cuando volví á atravesar el camino de Saintange, pero esta vez fué con la velocidad del tren que me arrastraba lejos, muy lejos, de mi madre y de mis hermanos, de Elisa y de aquel cielo tranquilo de mi felicidad; yo permaneci largo rato como enclavado en la ventanilla contemplando medio oculto entre los árboles del parque aquel nido de mi alma, y bien pronto Saintange y los árboles no fueron más que una masa oscura allá en lo más lejano del horizonte. Yo miraba embriagado por los recuerdos aquellos dos árboles del vecino monte, donde tantas veces había subido con mi herma-

na, el bosque de castaños, donde hacíamos ramilletes y guirnaldas de flores del campo, rodeándolas de musgo y helechos, y la pradera donde corríamos como chicuelos tras las mariposas. Yo sentí lo que siente un niño cuando se despide de algo querido para él, al descubrir desde la ventanilla la espadaña de la pequeña iglesia de Precilhon, donde tantas veces había ido á murmurar plegarias mías á los pies de una celestial imagen de mi santa Madre que las aldeanas cubrían de flores en las vísperas de fiesta. Y recordaba los pasados días de mi dicha con lágrimas en los ojos, y en el alma un no sé qué placentero como el recuerdo de la felicidad, frío como los besos de un adiós eterno.

¡Cuántas mañanas salía de mi casa y me iba solo por los pintorescos caminos, bordeados de sauces y zarzamoras, que se deslizan entre praderas y caseríos! Yo preguntaba los nombres de éstos á las aldeanas que con un cesto en la cabeza y los zuecos en la mano se dirigían al mercado de la ciudad, y ellas me contestaban en un patuá que apenas entendía. Entonces yo seguía mi camino cogiendo flores y mari-

posas verdes (1) que colocaba en mi cartera, y ellas se alejaban entonando los aires favoritos de sus montañas. Algunas veces encontraba oculta entre castaños como un nido de tórtolas la capilla de algún caserío, y yo me descubría y entraba á recorrer el pequeño jardín que las rodea, que es el jardín de los muertos, y cortaba algunas flores de sus tumbas y aprendía sus nombres de memoria, como si aquellos huesos que ocultaban las flores fueran para mí una familia de amigos. ¡Qué feliz era yo entonces, aunque en mi casa me llamaban loco! Yo no acariciaba más que una ilusión que estaba cierto de realizar: me había enamorado de la muerte, y aspiraba con placer los efluvios del cementerio y los perfumes de sus flores; escuchaba con arrobamiento la campana de la capilla y los acentos severos y melancólicos de los salmos, y aquellos efluvios y aquellos acentos despertaban en mi alma un no sé qué seductor y frío como el vértigo, sublime como la aspiración eterna de la inmortalidad.

(1) Pequeños neurópteros, de alas de un hermoso verde á irisado. Llámalos en el país *demoiselles*, (señoritas) y abundan en las orillas de los arroyos.

¡Qué triste era el despertar de estos sueños de niño!

Ebrio de sentimiento marchaba entonces con paso vacilante y recorría maquinalmente el camino de vuelta. A veces me perdía y marchaba distraído al través de los campos sin rumbo ni sendero, y al darme cuenta tenía que deshacer lo andado ó me encontraba con algún riachuelo que me obligaba á descalzarme para salvar su curso; entonces hundía mis pies en la corriente con el placer de un rapazuelo que se moja, y me entretenía en enturbiar el agua y alargaba el momento de pisar la orilla, y al pisarla me sentaba sobre la yerba hasta que se enjugaban mis plantas entre el césped y los helechos.

Adiós ríos y praderas, lindas aldeas y bordeados caminos, testigos mudos de mi felicidad que pasa fugaz como pasáis vosotros, y se aleja veloz como me alejo yo, todo en el mundo cambia, ¿quién sabe? tal vez mi alma que ha libado en vosotros el néctar de la dicha, tenga que apurar mañana hasta las heces, la copa del dolor. Si,

todo en el mundo cambia, solo es eterno el infortunio, y mi alma destrozada en las tormentas de la vida, no encontrará ya en vosotros el talismán de paz y de ventura, pero vosotros seguiréis siempre deliziándoos con el mismo plácido murmullo, y os vestiréis todas las primaveras de las mismas flores, y la campana sonará con el mismo tañido todas las fiestas de la Virgen, y solo, solo en el cementerio de la aldea, se abrirá todos los años alguna nueva tumba.

II

Aquella noche del 24 de Septiembre la pasé en Pau; una circunstancia especial me obligó á permanecer allí unas horas mientras mi padre continuaba su marcha. Pedí habitación en uno de los hoteles de la Place Royale, donde pasé un delicioso rato con la familia de mis tíos C..., mientras mi primita Pilar me pedía cuentos y me servía el té con una galantería de niña que me encantaba. Eran las once de la noche cuando me retiré á mi habitación, abrí una

de las ventanas y un viento impregnado de humedad, vino á azotar mi rostro. Había llovido, y densas nubes de color plomizo cruzaban rápidas el firmamento, en el que aparecía á intervalos el astro de la noche que brillaba con la pálida luz del plenilunio. La plaza estaba encharcada y desierta, solo algún farol de gas reflejaba en el suelo la luz, como en la superficie de un espejo de bronce y en medio de la plaza destacábase solitaria y monumental la estatua del primero de los Borbones (1).

Había pensado en acostarme, pero mis pupilas no sentían la pesadez del sueño y mi imaginación en cambio estaba hambrienta de recuerdos.

No pude resistir al deseo, me cubrí con el impermeable, bajé en silencio y me lancé á la calle. El viento había cesado, pero una lluvia menuda caía sin interrupción; durante largo tiempo, anduve caminando sobre las charcas de las calles, por fin me detuve. La luna filtrando sus rayos al través, las nubes envolvían en una opaca cla-

(1) Enrique IV, primer Rey de Francia de la casa de Borbón.

ridad una sombría mole que se alzaba severa ante mi vista: estaba al pie de las esbeltas torres del *Castillo de Enrique IV*. Ni un coche, ni un transeunte delataba en las calles el más leve rumor; la noche estaba desapacible, solo se oía el monotonó ruido de la lluvia y el periódico y acompasado sonido del campanario de *Saint Martin*, señalando las horas y los cuartos. Yo estaba poseído de un terror religioso, le ora el silencio, la luna que hacía más visibles las sombras, el foso abierto ante mis pies del que brotan la yedra añosa que viste las murallas y las parietarias que trepan hasta las cimeras de los enhiestos torreones, todo parecía adormecer mi imaginación y trasladarla á un mundo de recuerdos. Entonces avancé un paso y me apoyé en el hierro de la verja. Así permanecí largo rato, durante el que cruzaron por mi mente con la vaguedad de un sueño, las páginas sangrientas y gloriosas de la historia de aquel antiguo castillo. ¡Cuántas veces los ecos de la alegría habrían llenado los ámbitos de aquellas regias estancias, en los esponsales de sus Principes, y cuántas la voz de sus clarines habría cubierto de picas las alme-

nas y adarves de sus torres! Allí en aquellas rejas donde se oían un día las melancólicas endechas de un trovador, tal vez se habría escuchado en el siguiente los ayes de dolor del desgraciado, y allí escuchaba yo en aquella noche el lúgubre graznido del ave nocturna que anida en las saeteras de sus torres, y la voz del recuerdo que evocaba en mi alma como el relato misterioso de algún genio, la historia del castillo de Enrique IV.

III

Un Conde del Béarn, enamorado de las delicias de aquel valle, pensó en levantar un castillo y marcó el terreno con tres postes (1). Hasta entonces el ruido del mundo no había jamás interrumpido la soledad de aquellos bosques, donde sólo se oía el canto de las aves del cielo ó el rumor del torrente donde se abrevan los ciervos

(1) *Pieux*, en francés.—*Palum* en latín, de donde se deriva *Pau*.

y los gamos. Una mañana del otoño los pájaros huyeron en bandadas y la oropéndola abandonó los huevos en su nido. San Huberto nos proteja, y los cuernos y trompas y los ladridos de los perros y el escarceo de los caballos, hacían un coro ensordecedor á aquel canto de caza.

—¡Por San Huberto! Padre:—decía Guillermo el heredero de los condes— hoy habrá buena caza: mirad, uno, dos, tres, siete, ocho, trece. ¿Véis allá á lo lejos, en el fondo del bosque, la manada de ciervos? Sus astas ramosas semejan un pinar que se mueve.

—Sí, sí, San Huberto nos proteja, hijo mío—contestó el conde Gastón, mientras Guillermo aprestaba su venablo y oprimía nervioso los hijares de su caballo árabe, más veloz que el simoun que arrastra los arenales del desierto.

De pronto Guillermo abrió desmesuradamente sus grandes ojos, negros como la noche de los pinares, y dijo, señalando hacia la espesura:—«La cierva negra». Dios os guarde, padre.

Aplicó á sus labios el cuerno, dió la señal del halali, y tendiéndose sobre el cuello del

caballo, partió veloz como el cierzo del Pirineo. La Virgen te valga; Gran Dios, ¿será buena la caza?—decía el conde Gastón á su hijo, á todo el correr de su yegua pia, mientras se escuchaban en el bosque el galopar de los caballos, los aullidos de los perros y el canto de los cazadores que repetían:—¡San Huberto! ¡San Huberto! ¿Será buena la caza?

¡Corre! ¡Corre! Guillermo, el hijo de los condes, tuyo será el trofeo. Y Guillermo hundía los acicates en los hijares ensangrentados de su caballo, que galopaba veloz como el deseo, y las aves del bosque levantaban el vuelo temerosas, á su paso, como si fuera el aquilón.

—¡La Virgen nos valga! El conde, el conde—gritaron unos cuantos escuderos, que apenas pudieron detener los caballos en su carrera, mientras el padre de Guillermo, permanecía tendido debajo de su yegua pia, que reventó el cansancio.

—Señor, ¿estáis herido?—preguntaron, ayudando á levantarse al conde Gastón que, sin contestar á sus preguntas, montó el caballo de uno de ellos y se lanzó al galope.

—La Virgen guíe tus pasos, Guillermo

—decía, y las trompas contestaban con acentos melancólicos y notas agudas como ecos de agonía, y los caballos seguían galopando y los jinetes repetían con voz triste como un canto funeral:—¡San Huberto! ¡San Huberto! ¿Será buena la caza?

El conde corria y corria, siguiendo siempre la pista del caballo de su hijo; pero Guillermo estaba ya muy lejos y no podía acortar la distancia que le separaba de la cierva negra, que huía ante su caballo como aérea visión evocada por mágico conjuro, y tronchaba los arbustos á su paso y saltaba zanjas profundas y cruzaba arroyos y barrancos, pero la cierva seguía siempre á igual distancia, como si corriera impulsada por el viento de su caballo, que parecía un galgo corriendo á una liebre á los ojos del conde y los escuderos que seguían galopando allá lejos entre los árboles del bosque.

—¡La Virgen le proteja!—decía el conde pálido de temor al ver á Guillermo desaparecer en vertiginosa carrera entre las quiebras de los montes; y aun los escuderos repetían en fúnebre coro:—¡San Huberto! ¡San Huberto! ¿Será buena la caza?

Y Guillermo seguía acicateando á su caballo con la esperanza del trofeo y la ambición de la cierva negra; pero su caballo, de hirviente sangre, arrojando un humo denso por sus dilatadas narices, se había cubierto de blanca espuma, como esos montes que ocultan el fuego de sus entrañas humeando su aliento sulfuroso al través de la nieve de sus cumbres.

¡Corre! ¡Corre! ¡Herederó de los condes! Tuya será la gloria de la caza. ¿Quién sabe adónde te arrastrará el destino?

Y Guillermo hundió con fuerza sus acicates, y el caballo lanzó un relincho y partió á la carrera en un esfuerzo supremo, como si le acosara el miedo, perseguido por los chacales del desierto.

La cierva negra seguía corriendo delante del caballo.

— ¡San Huberto! Dame la cierva y te ofrezco el trofeo de la caza — decía Guillermo, desfigurado por el sudor y la fatiga, y acortó la distancia que le separaba, y ya iba á lanzar el venablo cuando unos sauces cerraron el camino; la cierva saltó ligera y Guillermo, ciego por el deseo, saltó detrás, y casi al mismo tiempo se

oyeron el ruido de dos cuerpos que caen y se sumergen en las ondas, y un momento después solo interrumpian la soledad del campo el lejano galopar del Conde y los escuderos y el ruido siniestro del torrente.

En vano buscó el conde, recorriendo todas aquellas soledades. Las aguas, profundas y turbulentas como los pensamientos de un malvado, encerraban en su seno un secreto mortal. Y el conde se volvió á su castillo cuando ya la luna derramaba su luz pálida en los montes y en los pinares y en su alma los pensamientos tristes. Llevaba algo de esperanza en el corazón y muchas lágrimas en los ojos.

— Es posible — pensaba — Guillermo ha podido extraviarse y marchará delante de nosotros; ¿quién sabe adónde le arrastrará el destino?

Y las trompas dejaron oír sus acentos melancólicos como los ayes de un moribundo, y los cazadores aún cantaban en triste coro: ¡San Huberto! ¡San Huberto!

¿Será buena la caza?

Pocos días después, un pastor de cabras,

al abreviarlas en el torrente, encontraba sujeta entre unos sauces la capa verde de Guillermo. Todos los villanos lloraron su pérdida, pero al saber que había desaparecido en las profundas aguas del torrente persiguiendo á la cierva negra, el pueblo, que siempre ha sido supersticioso, imaginó mil cuentos y consejas extrañas, y hoy aún hay bearnesas que oyen en el murmullo de las aguas el llanto de Guillermo, y creen ver al través de las profundidades del torrente, los palacios del príncipe encantado. He aquí cómo explicaban este suceso maravilloso: La cierva negra era una princesa mora encantada en aquellos bosques, hasta que un caballero noble y valiente uniera á ella su suerte para bajar á buscar una sortija que encerraba la felicidad y se encontraba sepultada en el fondo de las aguas. Ella había logrado atraer á Guillermo en el bosque por misterioso hechizo, le había llevado con fuerza irresistible hacia el torrente, donde juntos se habian precipitado en lo profundo de sus aguas. Allí, después de haber encontrado la sortija, la cierva negra, convertida en una princesa hermosísima como no la soñaron nunca los Ely-

mas de la Arabia, había ofrecido á Guillermo el amor y la felicidad en un paraíso delicioso, donde juntos y encantados gozaban el placer y la ventura.

Sea de esta maravillosa historia lo que quiera, los Condes llenos de pesar por la pérdida de su hijo levantaron una tumba junto al torrente, donde venían á depositar como ofrenda sagrada, coronas de violetas y lágrimas de dolor. Las margaritas crecieron en el hueco de aquella tumba vacía, el césped y las flores campesinas alfombraron sus gradas de mármol, y las palomas del bosque venían todas las tardes á beber el agua del cielo que se recogía en el escudo condal grabado sobre el mármol de la losa, y entonaban arrullos lastimeros.

Más tarde los Condes inconsolables con la pérdida de su hijo quisieron construir un castillo en aquellos parajes y señalaron el sitio con tres postes, como dije al principio; y junto á aquel castillo solitario fueron después agrupándose las chozas de los siervos y los hogares de los deudos y feudatarios. La historia de aquel Condado está unida á la historia de Navarra de Aragón

y de Francia, cuna de Reyes (1) y asilo de *Príncipes destronados* (2); aquel viejo Castillo que visten la yedra y las parietarias aún se cierne como un nido de águilas sobre el torrente y sus sombríos torreones ya sólo sirven de nido solitario á las antiguas tradiciones.

IV

Eran las nueve de la mañana del 25 de Septiembre cuando llegué á Bayona. Durante el trayecto habia escrito una parte de las anteriores notas en tanto que la lluvia caía á torrentes; más tarde el sol brillaba esplendente como después de una tormenta, y yo disfrutaba viendo desde las ventanillas del wagón una campiña siempre verde en medio de una naturaleza eternamente hermosa. A los pueblecitos

(1) Enrique IV de Francia, y Bernadotte Rey de Suecia.

(2) Allí se refugiaron para llorar su suerte en el destierro: Ab-del-khader. Los últimos soberanos de Nápoles, Isabel II y Doña Margarita de Parma.

escondidos entre bosques de castaños sucedieron las *villas* ó casas de campo que buscan la sombra de sus parques; al arroyo que mueve en marcha perezosa la rueda del molino, el gran río con sus barcos y vapores, esa arteria que lleva la vida de la industria y el comercio al corazón de las ciudades, en ese continuado sistole y diástole de importación y exportación, que constituye la vida práctica de los pueblos; y á las frescas brisas de los campos la atmósfera del humo de carbón que es el aliento de la industria, y el ruido ensordecedor de las ciudades.

Bayona, la ciudad del lujo y de la moda ¿que queréis que diga de esta ciudad *cortesana del que la paga?* nacida junto á un beso de dos ríos parece un hada coquetona que atrae con sus encantos. Yo he visto su catedral gótica de aéreas proporciones, que la elevan hacia el cielo como el sueño de una virgen y he visitado sus murallas hendidas á balazos por los cañones españoles, y más allá Biarritz donde el mar se traga tantas miserias de hombres, y el lujo el vicio y el tapete verde, tantas fortunas de miserables.

Aquella tarde del 25 salíamos con dirección á España, cuyo suelo pisábamos pocas horas más tarde. El mar, que á intervalos se descubre, ofrecía á nuestra vista un espectáculo grandioso, desapareciendo luego para no volver á encontrarle sino en las playas meridionales.

Ya en España, á uno y otro lado del camino, se observa en cada monte, en cada altura que domina, un castillo, un fuerte, unas casamatas; y allá en el fondo del valle, un caserío incendiado ó algún monasterio derruido. Mi padre me explicaba con profunda pena aquellos mudos geroglíficos del dolor. Cada castillo, cada casamata era una página escrita con sangre en la historia de la pasada guerra civil. Mi padre había seguido paso á paso sus combates. Partidario de una noble y antigua causa, él mismo había sufrido con toda su familia la inelencuencia del destierro, pero los campos de batalla regados con la sangre de los soldados españoles, no produjeron más que lágrimas, y es que la sangre de hermanos esteriliza el suelo donde cae.

Dios no lo quiso, y mis padres y mis hermanos volvimos á pisar el suelo de la

patria, cuando con el último soldado que trasponía el Pirineo, desaparecía de las montañas la causa de las tradiciones españolas.

¡Salve! héroes anónimos que descansáis en el seno de esas trincheras que ayer servían de pedestal á vuestros triunfos. ¡Yo os saludo con lágrimas en los ojos al pasar en marcha vertiginosa por delante de vuestras tumbas!

Que hermosa es la naturaleza cuando se nos presenta con toda la grandeza de su desnudez salvaje. Aquella tarde pasaron ante mis ojos como las vistas de un panorama gigante, los valles y montañas de las provincias Vascas. Yo no sé lo que sentí, pero sentía mucho al respirar las auras de aquella naturaleza virgen, que parece ignorar el mundo que se abre al otro lado de sus montes. ¡Qué felices son los moradores de aquellos valles! Yo hubiera querido saltar del tren que me arrastraba, para ir á encerrarme en la choza más pobre y ser feliz como ellos. Bien es verdad que no sienten las impresiones fuertes de la vida,

ni han libado el licor que embriaga, de la gloria, ni han admirado la sublimidad del génio, pero en cambio duermen un sueño tranquilo, nunca turbado por la ambición ni acechado por la envidia, no han visto las maravillas de las grandes ciudades, ¿pero no es el valle donde nacieron la más grandiosa de las maravillas? los picachos de sus montañas que visten los helechos y brezales, y sus bosques de castaños, ¿no son notas armónicas de aquella melodía sublime de la naturaleza? Verdad es que ellos no han escuchado el eco de la fama ni el ruido del mundo que se agita, pero no escuchan el sonido monotonó de las esquilas de sus vacas y el rumor del río, que se desliza allá en el fondo de la cañada, y los cantares de las aldeanas, que tienden sobre el trébol de los prados sus ropas más blancas que la nieve, y el sonido de la campana que llama al rosario, mientras el cielo va tachonándose de estrellas, que parecen las rosas fosforescentes de otro rosario sublime, entonado por los ángeles allá muy lejos, detrás de ese fondo lejano de la inmensidad azul.

Qué felices son los habitantes de esos

valles, sus bosques, sus montañas, sus prados y sus ríos, todo parece una meditación llena de luz y poesía, un cántico grandioso de la naturaleza. Escuchad los ecos del mundo, ¿qué oís en ellos? placer, vanidad, mentira. ¿No habéis escuchado alguna vez el lenguaje de la naturaleza? ¿Qué murmuran en vuestro oído el viento que gime y os trae el eco de la campana y el río y los árboles y las flores? dicha, amor.

¿Qué dicen á vuestra alma el torrente que se despeña y la oscuridad de la noche en los pinares, y el ventisquero donde andan las águilas sobre el abismo? poder, grandeza, Dios.

Dichosos vosotros los moradores de esos valles, que habéis nacido en la mansión ignorada de la paz y la ventura. Yo os envidio desde el mundo que me arrolla en su rápida corriente. ¿Por qué no seré yo como vosotros? ¡Dios mío qué felices son ellos!

V

Septiembre, 26

Todo el día rodando por España, que atravesamos á lo largo por su parte Norte. — ¡Todo está triste! El cielo velado por opaca neblina, parece una decoración de luto, que llena el alma de melancolia, como las brumas eternas del septentrion. En un pueblo cuyo nombre no recuerdo, el tren se ha detenido á doscientos metros de la Iglesia, cuyas campanas doblaban á muerto. He visto un entierro; siete hombres con largas capas, cuatro llevando el ataúd en hombros, un sepulturero con la azada á la espalda, y un sacerdote con capa pluvial cantando á intervalos los salmos de los muertos ¡qué triste era aquello! ha salido el fúnebre cortejo de la Iglesia, y se han dirigido en silencio al camposanto, las campanas han callado también, apenas llegaban á mis oídos los acentos interrumpidos del sacerdote; cuando él callaba todo callaba; aquellos hombres que acompañaban

por última vez á un amigo á la morada del silencio eterno, no tenían lágrimas porque las habian secado en sus ojos los soles y los vientos, no tenían gemidos en su pecho porque estaban curtidos al sufrimiento, por la experiencia de los años. Dos rapazuelos llevando un hisopo y una llave, vestidos de sotana roja, subían corriendo á porfia una cuesta áspera que hay antes de llegar al cementerio; eran las únicas notas discordantes en aquel *De profundis* de la naturaleza. Los niños y los viejos: ¡Qué felices! Ellos no lloran nunca las lágrimas amargas; los niños se rien del infortunio porque no le conocen ni le comprenden, los viejos se inclinan impasibles ante el dolor; se han acostumbrado un día y otro día al veneno del alma, y le soportan á altas dosis sin que sus lágrimas y sus gemidos delaten en ellos el tósigo mortal.

Aún oi el rechinar de la puerta de hierro sobre sus goznes, y el tren silbó cuando el eco repetía el primer golpe seco de la azada del sepulturero.

Imaginad esta escena de luto en cada aldea, llenad de muertos anónimos los ce-

menterios de las ciudades, respirad bajo un cielo de plomo una atmósfera emponzoñada, y tendreis una idea vaga de lo que era España en aquellos días.

Si fuera posible el nihilismo de la naturaleza, yo creeria que todos sus elementos se habían reunido en una conjuración gigante para herirla de muerte. Aun estaban las vegas de sus campiñas meridionales, hermosas como la cuna de la aurora, enterradas bajo el légamo de los ríos que las inundaran con los turbiones de su corriente; y el suelo de la fértil Andalucía, como si fuera el dorso de un monstruo gigantesco que se agita nervioso en las convulsiones de la muerte; derrumbaba como castillos de naipes sus pueblos y ciudades, y ahogaba entre sus escombros los ayes de agonía de millares de víctimas. ¡Dios justiciero! ¿es que era pequeña la espiación de nuestros crímenes? No bastaba y habéis enviado al terrible cólera como mensajero mortal, ejecutor de vuestras venganzas.

Y España rezaba; del materialismo grosero que carcome á la vieja Europa, había levantado su vuelo á las regiones de la divinidad: ¡Poder incontrastable del dolor en

la mecánica del espíritu! Diezmad un pueblo ateo, si lo hubiera, ahogadle entre las ondas de sus ríos ó en las cenizas de sus volcanes, arruinad sus villas y ciudades en los movimientos convulsivos de un suelo que vacila, y ese pueblo ateo se acercará á Dios y levantará altares con las piedras de sus ruinas, y llorará su crimen y, agrupado en torno de sus aras, murmurará avergonzado una oración.

¡Ah! es que hay algo más terrible que las olas de llanto que arranca á un pueblo una catástrofe: el llorar sin Dios. Un pueblo sin fé sería un pueblo de miserables, sin otra ley de caridad que la ley del más fuerte, ni más esperanza que el suicidio. En vano pretenderán los modernos fabricantes de imperios y mercaderes de coronas, hacer pueblos ateos; una sociedad sin Dios es el círculo cuadrado de los geómetras. La idea de Dios ha nacido en el hombre, con el hombre; la criatura es un efluvio un soplo divino del Creador; por eso el hombre, la más perfecta de las criaturas; conserva siempre en el fondo de su conciencia el aroma purísimo de la divinidad.

Estudad la historia de los pueblos, res-

pirad el polvo que sepulta las antiguas Teogonias de la India, informes como las estatuas de sus idolos y pintorescas como los cantos de sus bayaderas, estudiad en la Biblia el poema grandioso de una raza escogida entre las razas, analizad las religiones politeistas de Roma y Grecia, los fantasmas nebulosos de los dioses del Fingall que Ossian cantaba al són de su lira eternamente humedecida por las nieblas del septentrion, las sangrientas divinidades de los Francos y los Germanos, los genios misteriosos y los Manitús, que se adoran como en grandiosos templos en altares tejidos con las lianas, á la sombra de los bosques vírgenes del Nuevo Mundo, sorprended como el huevecillo microscópico origen de una flor exuberante y pura, como el primer rayo de un sol que brillará mañana con refulgente luz en el zenit de su carrera, esos ensueños de los poetas y filósofos de la antigüedad; y adivinaréis en ellos las chispas precursoras de la salvadora luz del cristianismo.

Sócrates bebiendo la cicuta con la fe de la inmortalidad, Virgilio cantando incrédulo de su mitología y ateo de sus dioses,

verdaderas profecias del Cristo en arranques misteriosos de inspiración sublime, y Cicerón el más grande de los oradores de su tiempo olvidando á los dioses en su muerte y aclamando á la causa de las causas; ¿no son tal vez el grandioso presentimiento de la religión del Crucificado? Entre Sócrates y Cristo hay la distancia del hombre al hombre-Dios; pero dadle á Sócrates la divinidad y hubiera sido el Redentor del mundo. ¿Qué importa que su muerte sea la cruz del Gólgota ó la cicuta?

¿No habéis observado el enlace misterioso de todas estas religiones? La mitología pagana de Roma no es más que las páginas de la Biblia traducidas para una sociedad liviana sujeta á las leyes de la materia. ¿Quién no adivina en el Prometeo encadenado á la humanidad esclavizada por la culpa, y en el Hércules que rompe sus cadenas al Mesias de las gentes?

¡Misterios insondables del corazón humano! La idea de Dios brota en él como la flor de las semillas, por eso todos los pueblos han creído en Dios, le han soñado de mil maneras, pero estos sueños son los reflejos poderosos sobre la humanidad de una

idea universal ni más ni menos que las ondas del Oceano, que se empujan y se suceden eternamente como se suceden las generaciones; se tiñen de colores diversos formando franjas hermosas como los tonos del Iris al reflejar los colores de la vegetación que hay en el fondo. La historia de los pueblos es la historia de sus religiones, la historia de las religiones es la idea de Dios, nacida en diferentes épocas brotada en diversos imperios, traducida en distintos idiomas para distintas civilizaciones, engendrada ora, como fantasmas de nieve entre las brumas de los polos, ora como torrente de luz y poesía al calor de las ardientes imaginaciones meridionales.

Y en medio de estas religiones alzándose sobre las ruinas del politeísmo, como grandioso triunfo del espíritu sobre la materia, nace de la muerte de la ley antigua como el fénix de sus cenizas, la nueva ley predicada por un Galileo, rodeado de pescadores que muere enclavado en una cruz en la cumbre del Gólgota, implorando el perdón de sus verdugos. ¡Moral sublime de Jesucristo, el divino apóstol de la verdadera democracia, el gran revolucionario de los siglos, el Re-

dentor del mundo! Jamás me cansaré de admirar y de rendir culto en el fondo de mi alma, á la pureza y sencillez de su doctrina; Jesús de Nazaret tendrá siempre un altar en el corazón de los hombres que sientan, porque su ley y su doctrina es el mismo corazón del hombre, immaculado como salió de las manos del Creador; el cristianismo es la doctrina de la caridad, la religión sublime del amor. ¡Qué inmensos horizontes ha abierto en las regiones del espíritu! Hombres que sentís, almas que cruzáis serenas el oceano de la vida, penetrad en meditación profunda hasta el fondo de vuestra conciencia y encontraréis en ella como carbón oculto entre cenizas, los preceptos divinos del Salvador, lámpara perpetua que ilumina los senos de vuestra alma con luz que no han de apagar ni las tempestades de la vida, ni los sofismas de los filósofos, ni las predicaciones de los profetas.

¡Dios mío! todo me lleva á vos; ¡qué grande os mostráis en vuestras obras! me habéis dado el sentimiento, ¿por qué no me dais un lenguaje que sea un himno perpetuo á vuestra gloria?

VI

Septiembre, 26

Tarde de impresiones; recuerdos escritos en el alma con notas de apacible tristeza, ecos melancólicos de las montañas de Galicia, tristes como el silencio que sólo turba el rumor eterno de sus ríos de aguas profundas y turbulentas.

A las dos hemos llegado á León antigua corte y sepulcro de los reyes, patria de Guzmán el bueno, héroe inmortal del sitio de Tarifa. El tren se detiene solo lo suficiente para almorzar en la fonda de la estación; hemos honrado el almuerzo con un apetito extraordinario y en el tiempo que ha sobrado he abierto la maleta de las provisiones y sacando una maquinilla de alcohol, me he entretenido haciendo té en el wagón mismo; luego el tren salió silbando y hemos podido admirar las esbeltas agujas de su catedral: ¡qué bello es el arte gótico! La idea es el alma del arte, el arte es el reflejo vivo de las ideas de un pueblo; cuando éstas se arrastraban por el suelo sujetas á las

leyes de la materia, como el águila abotagada por el festín que no tiene fuerza para alzar el vuelo; entonces se alzaron aquellos templos y monumentos de los Asirios, los Babilonios y los Egipcios, verdaderos colosos de piedra, levantados por la fuerza bruta, llevando impresos en sus bloques de granito el sudor de varias generaciones. Pasaron los siglos y al calor del cristianismo que espiritualiza, nació el arte ojival cuyos templos suben al cielo con sus agujas, sus arcos, y sus filigranas, como sube al cielo el incienso quemado en sus aras y la oración pronunciada en la misteriosa sombra de sus naves.

Doce horas hacía apenas que había contemplado á la luz de la luna las torres de la Catedral de Burgos ligeras y vaporosas como los fantasmas de un sueño. Burgos y León encierran en su seno las dos más preciadas joyas del arte gótico en España.

Atravesamos un país pintoresco, á las llanuras inmensas de Castilla, verdaderos desiertos que solo ofrecen á la vista la eterna monotonía de los rastros, suceden las vegas feraces, siempre verdes por la frescura de sus ríos, sombreadas por los sau-

ces en cuyos troncos se apoyan los vallados donde pacen los rebaños de toros que han de arrastrar más tarde las carretas; éstas me han llamado la atención por su aspecto primitivo, no entra en su construcción más que la madera; las ruedas son discos mazizos y gruesos que no llevan más hierro que algunos clavos en sus llantas, el eje es un cilindro también de madera que al girar produce un gruñido especial que hiere los oídos. La sencillez de estos carros contrasta con la pesada mole de los carros de otras provincias cuyos toldos azotados por el viento semejan á las velas, siendo los verdaderos navíos de las montañas.

Pronto llegamos á Astorga (1), al pie de los puertos del Manzanal monte Irago, cruz de Ferro y el Foncebadón, que cierran avaros al otro lado de sus vertientes la pintoresca región del Vierzo. El tren sube rápidamente, y grandes rocas esparcidas á uno y otro lado de la vía, como monolitos des-

(1) Al dar estas noticias y algunas otras, me he guiado por la obra *De Palencia á la Coruña*, del renombrado escritor D. Ricardo Becerro de Bengoa.

Astorga—Astúrica—Augusta—(Ach-t-uri-ga)—que en lengua ibérica significa, «pueblo de las peñas».

prendidos de la montaña, justifican el nombre de la villa. La vegetación es muy pobre; los bojés y los brezos cubren á trozos, como verdosos harapos, un suelo miserable. De vez en cuando se observa en el declive de los montes y junto á la casilla de algún guarda, un pedazo de tierra robado á la inclinación del terreno con un pilotaje de traviesas, y en ese pedazo de tierra verduguean á impulso del viento media docena de berzas y algunas cañas por donde trepan las judías, como mezuquina limosna que ofrece al desgraciado aquella naturaleza monótona y salvaje. Aquellos montes parecen el refugio eterno del frío y de la tristeza; el cielo está sombrío, como si reflejara el color parduzco del suelo pizarroso; poco después el tren atraviesa el arroyo de Brañuelas, que va á engrosar con sus aguas torrentosas al caudaloso Duero, y se detiene luego en la estación del mismo nombre. A la derecha se divisa el pueblecito que destaca los techos de paja de sus miserables chozas sobre el fondo grisáceo de las rocas. Algunos huertos llenos de colmenas, helechos, musgo, yedra y las flores purpúreas de los

brezales; este es el pueblo de Brañuelas, situado en la cumbre del puerto como una mansión de solitarios que barren las lluvias y los vientos.

El tren empieza el descenso desde la cumbre hasta el fondo del valle; es un continuo rodar bajo los túneles con pequeños intervalos de luz; bajamos la pendiente con una velocidad pasmosa; gigantes trincheras abiertas sobre la roca viva, muros altísimos y fuertes terraplenes, ¡parece una obra de gigantes! ¡Cuán grande es el poder del hombre si siente brotar en su inteligencia el resplandor del genio! Asusta el alma el contemplar desde las alturas donde se siente el vértigo; la vía por donde se ha de pasar en breve, tendida allá bajo á 160 metros de profundidad entre los prados de la cañada, como dos pequeños surcos abiertos en la tierra por el arado del labrador, y dos minutos más tarde el hombre se contempla en toda la pequeñez de su nada, al ver allá, muy alto, abierta entre las rocas, como una senda de cabras, la vía por donde pasaba hace un momento. Ya en el llano, el tren disminuye su marcha como si descansara en su carrera res-

pirando el ambiente puro de aquel valle, en cuyo fondo se desliza el Trémor fertilizando sus praderas.

Pocos momentos después estábamos en la escondida región del Vierzo, guardada de todos los vientos, al Norte por las montañas que acabamos de atravesar, y al Sur por los montes Aquilianos, que se alzan majestuosos como inmensas mamparas de granito.

Hemos atravesado el Boeza, de aguas limpias y transparentes, que retratan en sus bordes los sauces que ciñen los costados; á uno y otro lado del camino se ven numerosos pueblecitos que siguen las ondulaciones de su corriente, retratando también en sus aguas las espadañas de sus torres; aquellos grupos de casitas blancas parecen bandos de palomas torcaces que han bajado de la montaña para refrescar su pico en la corriente. Nada más pintoresco que este valle por donde corre el Boeza, que parece formado por el rocío de sus prados. Las ondulaciones de sus colinas parecen las olas de un oceano siempre verde, y las aldeas y caseríos buscan la sombra y el abrigo de los castaños. Después de pasar

por Bembibre, la capital del Valle, hemos llegado á Ponferrada: apenas se distingue la ciudad y un viejo castillo almenado que defienden algunas murallas medio derruidas, por donde trepa la yedra, que parece sostener las piedras entre la red verdosa de sus tallos; según dicen, ese castillo ha pertenecido á los Caballeros Templarios; es posible que el pueblo conserve de él alguna tradición legendaria, pero la rapidez de la marcha me impide el enterarme.

Toral de los Vados, con sus casas de grandes balcones de madera y techos de pizarra, como las casas de la Saboya; el Burbia, que va á tributar sus aguas al río Sil, deja como un último adiós en el fondo de la cañada, todos los tesoros de una vegetación exuberante. Después el horizonte va haciéndose más pequeño; las montañas rocosas de los lados estrechan el valle, como ávidas de unirse en sus vertientes, y el tren avanza rugiendo entre trincheras formidables abiertas sobre las moles de pizarra. Los túneles se suceden sin interrupción, y las mismas trincheras que parecen reflejar en el cielo el color pardusco de sus aristas, no son más que túneles sin

bóveda. ¡Qué tristeza imprime en el alma aquella naturaleza sin luz! El eco repite el rodar vertiginoso de los wagones, multiplicando los sonidos en cada ángulo de las rocas, y aquellos sonidos que ensordecen semejan ecos de maldición de alguna orgía de demonios. Entramos en un túnel, breve intervalo de luz, otro túnel después, y á la salida el tren avanza sobre el abismo; yo me he estremecido al contemplar bajo mis pies, á una profundidad que espanta, las aguas verdosas y profundas del Sil (el río del Silencio). Nada de corriente, un remanso que aumenta los horrores del abismo, hacen del río un lago entre montañas; su curso forma una S, y nadie acertaría á conocer el paso de sus aguas; ni orillas ni vegetación, está perfectamente canalizado; de ambos lados se elevan dos grandes montañas de calizas, oscuras, erizadas de agujas y crestones cortadas á pico, y reflejándose en el espejo de las aguas, y algunas manchas de un color grisáceo, delatan una vegetación extraña en los salientes de las rocas. El Sil separa aquí las provincias de León y Orense, que tienen por lazo de unión un puente de hierro gi-

gantesco apoyado en las bocas de dos túneles (1). ¡Es una obra atrevida y portentosa! La tierra parece que había reunido aquí toda la horrible desnudez de sus elementos para impedir el paso de los hombres: rocas impenetrables, vegetación salvaje, abismos donde aletea el vértigo, y allá en el fondo, aguas negras y silenciosas como la perfidia: era un guante arrojado, un desafío de la naturaleza al hombre. Pero el hombre introduce la dinamita, y á una señal de su mano sobre el botón de un aparato eléctrico, salta una montaña en mil pedazos y perfora las rocas, abriéndose paso en las entrañas de la tierra, y ya en el borde del abismo; lanza atrevido el entramado de un puente que parece flotar en el espacio. Hoy el hombre avanza arrastrado por el vapor entre escombros de montañas, y cruza este magnífico puente, alzadó como un arco de triunfo, al génio vencedor en esta lucha titánica de la naturaleza. Jamás se borrará de mi memoria la impresión que me causó este espectáculo

(1) Puente de Cobas, en el estrecho del mismo nombre.

grandioso: terror, asombro y vértigo que atrae. ¡Qué pequeño me contemplaba yo ante las grandezas del génio y la sublimidad salvaje de la naturaleza! Aquellas rocas elevadas y aquellas aguas tranquilas y verdosas hablaban al alma un lenguaje de meditación profunda que mi Padre y yo escuchábamos embebecidos desde las ventanillas del wagón; yo recuerdo que cuando el tren avanzaba majestuoso por el salón central del puente, espantadas por el vibrar metálico de las celosías, alzaron el vuelo dos águilas que se cernieron sobre el abismo.

VII

Sobradelo.— El pueblo parece una peña arrastrada por la corriente en medio de un torrente de verdura; el riachuelo Casayo baja despeñando sus ondas bulliciosas desde los montes de su nombre, viniendo á formar una pintoresca cascada de tres caídas, que extiende un velo transparente sobre las hiedras y helechos de las rocas;

el agua en su salto mueve incesantemente la rueda de una herrería situada á la derecha del pueblo, que se halla medio oculto entre higueras y castaños; algunas vides esparcidas, encaraman sus sarmientos hasta las copas de los cerezos, y este conjunto de vegetación forma un marco delicioso de verdura en este cuadro pintoresco de la naturaleza.

Eran las cinco de la tarde y el sol iba ya á trasponer los picachos de los montes; la luz vaga del crepúsculo hacia más oscuro el verde de los castaños, más negros los tejados de pizarra de las casas, y más tristes el ruido monótono de la rueda de la herrería y el rumor del agua que se precipita en la cascada. Apenas el tren detuvo su marcha en la estación de Sobradelo, cuando un grupo de mujeres al otro lado de la vía se aproximó á los estribos de los wagones; iban descalzas, y una saya de estameña del color de la corteza de los árboles cubría su cuerpo hasta debajo de la rodilla; una almilla de blanco lino ocultaba el pecho entre sus pliegues, velando apenas sus gracias curvas, cuyo arranque se dibuja en el escote cuadrado que hace un pedestal en

cada busto, formando un conjunto caprichoso y sencillo que solo adornan los zarcillos y los collares. Algunas llevaban en la cabeza un pañuelo de colores chillones, cuyas puntas caían sueltas en los hombros, mezcladas con las trenzas de sus cabellos, más negros que las pizarras de sus barrancos; otras llevaban en vez de pañuelo un estadal donde descansa una cesta colmada de higos y racimos de uvas, que se apresuran á ofrecer al viajero por una pequeña cantidad, que constituye su jornal y su riqueza. ¡Qué poco basta para la felicidad! Un puñado de céntimos á cambio de las frutas de sus cestas, que han recogido trepando penosamente á las higueras bravas de los barrancos, y aquellas mujeres son dichosas y vuelven al pueblo con las cestas vacías, formando una cadena con sus brazos retozando alegremente, y allá en el fondo de sus chozas, cuentan y recuentan el capital de sus economías, hacen mil cálculos y castillos en el aire, y por fin esconden cuidadosamente en el fondo de un arca vieja, aquella bolsa de dinero que ha de servir tal vez á la mujer para comprar los pañales al fruto de amor que ha de

enviarle el cielo, á la madre; para *comprar de soldado* á su hijo que aun es un mocosillo de cinco años, á la doncella para estrenar una saya el día de la fiesta de la aldea.

— Higos frescos de Sobradelo: señor, cómpreme usted estos higos. — Uvas señorito, para refrescar la boca. — La gente se apiñaba en las ventanillas para comprar la fruta, aprovechando aquellos momentos de parada; un instante después casi todas aquellas mujeres habían vendido sus mercancías, yo miraba desde el wagón el comprar y vender de aquel mercado; aquella escena de algazara era para mi imaginación un oasis en medio de la sublime melancolía de aquel país salvaje.

De pronto un soldado asomó á la ventanilla de uno de los wagones de tercera, y gritó con voz aguardentosa. — ¿Hay más uvas?

— Cruziña, — dijo á su vez una mujer, dirigiéndose á una joven que me ocultaba un árbol: — coje tu cesta y vende.

¡Que hermosa era Cruziña! su saya, que bajaba en pliegues hasta sus rodillas era negra á diferencia de las otras, y sobre ella resaltaba su corpiño blanco como resalta la nieve en el invierno sobre las crestas piza-

rosas; sobre su cabeza flotaba suelto un pañuelo negro como las sombras de la noche, que ocultaba unos cabellos rubios como rayos del sol, y sus ojos grandes y profundos, eran de un hermoso azul de cielo, como si reflejaran sus pupilas toda la pureza de un alma de ángel; un collar de grandes cuentas de azabache con una cruz en su extremo rodeaba su cuello, formando sobre su pecho ondas cada vez mayores, como las que forma una piedra arrojada sobre un lago tranquilo; era la única joya que adornaba aquel cuerpo de niña.

Al oír la voz de su compañera, Cruziña cogió la cesta que tenía á sus pies, y adelantándose hacia el estribo de los wagones, alargó confiada la cesta á aquel soldado que pedía uvas, hundió su cabecita rubia sobre el pecho, y juntando sus manos permaneció silenciosa y pensativa, como la estatua de la meditación. Yo sentí al ver aquella niña... no se lo que sentí, pero tenía por lo menos una viva curiosidad y hubiera dado mi sangre por leer en el libro de su alma; Cruziña era para mí un enigma planteado en medio de mi camino. ¿Cuanto no hubiera yo dado por descifrarle? Era

una nota de poesía triste como las baladas de sus montañas y yo no podía oír ni comprender aquella armonía dulcísima que tenía para mí el encanto de lo desconocido.

Cuando el soldado hubo devorado la mercadería, asomó el cuerpo á la ventanilla y dirigiéndose á su joven vendedora la dijo en andaluz impregnado de aguardiente.

—¿Qué te debo Marusa?— ¡Vamo! ¿que cuánto quiere?

La pobre niña no se atrevía á levantar sus ojos del suelo por miedo á encontrarse con aquellos rostros de beodos que celebraban con grandes risotadas las gracias de su compañero.

Pué vaya chiquita que ya te contentará tú con un poquiyo meno; y si no, te doy las grasias y á viví; por algo he de ser autoriá, muje,—y le enseñaba los botones dorados de su capote, mientras sus compañeros repetían á coro;—pus vaya que tiene grasias esa marusa.

Había llegado el momento de pagar, y aquel soldado con cara de tunante, estaba fraguando en su mollera una mala partida que justificara su mala catadura; y consiguió su objeto, silbó el tren y arrojando á

los pies de la niña la cesta vacía;—adiós, marusa,—le dijo,—anda y cuéntale á tu abuela que hás obsequiao con merienda á la autoriá.

Mientras las otras mujeres protestaban con mil insultos contra este hecho bárbaro que iba á quedar impune, Cruziña recogía sin quejarse, la cesta que tenía á sus pies, pero al levantarse dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos y alzó su cabeza para mirar al cielo como si quisiera disimular su llanto y aquellas lágrimas resbalaron por sus mejillas como las gotas de rocío sobre los botones de las rosas.

Fué cuestión de un momento; una idea brotó de súbito en mi mente y al pasar por delante de ella nuestro wagón que estaba de los últimos;—toma Cruziña el precio de tu cesta,—le dije, y arrojé á sus pies desde la ventanilla una moneda de plata que tendría seis veces el valor de las uvas. La niña me quedó mirando y dibujó en sus labios una sonrisa celestial de agradecimiento mezclada con sus lágrimas; estaba transfigurada, el dolor le había dado las proporciones de un ángel, pero aquel ángel ya no miraba al cielo, me miraba á mí,

un sér que se interesaba por ella. ¡Pobrecita, estaba tal vez tan poco acostumbrada á sentir el cariño de otros seres! vestía de luto, tal vez era una pobre huérfana sola en el mundo; sin madre y sin hogar, ¿quién sabe si necesitaba el dinero de sus frutas, para adornar la fosa de sus padres? ¡Qué hermosa estaba! Aquella mirada de agradecimiento que dirigía al protector anónimo encerraba un mundo de poesía, todo un poema de dolor.

Yo se lo agradecí también y no sé si algo más, pero el recuerdo de Cruciña está vivo en mi alma, como si estuviera en ella impreso con caracteres de fuego, y cuando en las penas de la vida las lágrimas asoman á mis ojos, su imagen se presenta á mi vista celestialmente hermosa con la hermosura sublime del dolor, la misma sonrisa de agradecimiento y las mismas lágrimas brotando de sus pupilas, que copian el azul del cielo y entonces al pensar en ella, el llanto de mis ojos cae sobre mi alma, como el rocío bienhechor sobre una tierra árida y estéril. Pero ¡ay! que ya no volveré á encontrarla en mi camino.

¡Que hermosa era Cruciña!

VIII

Dije antes, que el soldado que hizo aquella burla salvaje iba á quedar impune, yo al menos así lo creía. Y vive el cielo que hubiera dado cualquier cosa por poder pasar á su wagón á imponerle el castigo merecido; él también debía confiar en la más completa impunidad y permanecía con todo el cuerpo fuera de la ventanilla riendo á mandíbula batiente, mientras sus compañeros celebraban su gracia con tragos y risotadas. Él y yo nos engañábamos en nuestro cálculo, no habíamos contado con la Providencia y sucedió, veréis que caso tan extraño, sucedió que la providencia ó la casualidad, como queráis llamarla, envió una pequeña ráfaga de viento y el viento dió en la gorrilla del soldado y la gorrilla se vino al suelo, cuando el tren, que caminaba en rampa, no había aún tomado velocidad. Sin duda confiaba en esto el muchacho y olfateando el castigo por la pérdida, abrió la portezuela y sin encomendarse á

Dios ni al diablo, dió un salto en sentido contrario al de la marcha y se plantó en el suelo, poniendo en tierra las narices antes que los piés; levantóse como pudo derrengado y maltrecho y echó á correr tras su gorrilla que el viento se empeñaba en apartar del tren, dióla alcance y entonces trató como pudo de ganar el estribo del último wagón; todo fué en vano, el tren empezaba á ganar velocidad y el muchacho que corría con toda la fuerza de sus pulmones, iba perdiendo terreno mientras sus compañeros le animaban desde la ventanilla; un revisor le hizo seña desde el estribo que se detuviera, que era inútil seguir, y él que estaba lejos, comprendió mal y creyó que el tren iba á detener su marcha para recogerle, pero el tren seguía su camino y aún corría el muchacho allá muy lejos, cuando le vimos caer en medio de la vía rendido de fatiga.

Yo no sé si aquel soldado vería en su caída el dedo de la Providencia, pero de todas maneras creo que no habrá olvidado la lección.

.
.

Se había hecho de noche; apenas se dibujaban recortándose en la oscuridad del cielo, las siluetas de los picachos cuya base socavan eternamente las aguas del Sil, el río del oro y del silencio; el monótono rumor de sus aguas torrentosas, arrulla al viajero durante más de 100 kilómetros; túneles y trincheras, grandes puentes, un viaducto en curva, de aspecto imponente, hacen de esta parte del camino la región de las grandes obras; el tren avanza siempre por las laderas de las grandes vertientes en cuyo fondo se desliza el río.

Lástima que no podamos admirar á la luz del sol estas maravillas del arte y de la naturaleza.

Sumamente fatigado por la marcha y las impresiones del día siento que mis párpados se caen sobre mis pupilas con la pesadez del sueño. Adiós, hasta mañana.

IX

27 Septiembre.

Eran las seis de la mañana cuando mi Padre me despertó de mi profundo sueño; salimos del wagón, nuestra casa durante tres días y después de pasar una avenida sombreada por los castaños de Indias, nos encontrábamos en Vigo. Aquí fué donde por primera vez después de las playas de Gascuña, respirábamos las inhalaciones marinas que arrastran las frescas brisas del Oceano. Vigo es una ciudad suntuosa; parece una sultana que baña sus pies en las espumas de su ría en cuyo fondo esconde avara los tesoros que le ofreciera el mar (1). Tiene barrios enteros de hoteles que honrarían en Madrid la Castellana.

Nuestro primer paseo fué á los muelles, allí encontramos algunos pescadores, embarcando las redes en sus lanchas, vimos

(1) En la ría de Vigo la más grande de nuestras costas, se fueron á pique los célebres Galeones que venían cargados de tesoros de las Indias occidentales.

la tripulación de un Brik extranjero, agrupada sobre cubierta en torno de un hornillo donde hervían en un mar de aceite, como bloques azotados por la tormenta, las patatas del almuerzo; algunos botes impelidos por el bogar acompasado de los remos, atracaron al muelle, mientras algunos marineros, de los buques y vapores anclados en la bahía, saltaban á tierra y se dirigían con grandes cestas al brazo al mercado de la ciudad.

Hemos visto la salida del sol sobre el Oceano ¡qué espectáculo tan grandioso! al quebrarse sus rayos en las ondas, cada rayo de luz era una estela fosforescente que verdugueaba al vaivén de las olas como los álamos que azota el viento, y las olas rizaban apenas la superficie de las aguas, en ligeras ondulaciones, como los surcos abiertos en los campos por el arado, las aristas de las montañas como inmensos monolitos cristalizados, reflejaban torrentes de luz sobre los barrancos y los valles, y algunas gaviotas tendieron el vuelo trazando círculos caprichosos, sobre la superficie de la ría. ¡Qué hermoso es el nacer del sol sobre las aguas! La aurora de aquel día,

era un torrente de armonías, una orgía de luz, una fuga de colores sobre la paleta inmensa de un pintor divino. Yo estaba embecido ante aquel espectáculo, el chapotear del mar contra los bloques; el gemir de la brisa entre el cordaje de los navíos, me hacía el efecto de una oración, de un cántico elevado á Dios por la Tierra, el Mar y el Viento; y aquellas emanaciones saladas que impregnaban mis pulmones, me hacían respirar la esencia de la vida.

Yo recé también; y quién no hubiera rezado conmigo al sentir la voz de Dios en sus oídos y en su frente el soplo de la Divinidad en aquel grandioso templo, sin más bóveda que el cielo, sin más altar que el corazón del hombre, sin otro límite que el infinito?

Hemos salido de Vigo á las 10 de la mañana, durante todo el trayecto he ido en el balconcillo del wagón (1). Nunca hubiera sospechado que España encerrara en su

(1) Los wagones de primera en esta línea son de construcción especial teniendo unos balconcillos en los testeros.

seno una región tan pintoresca; los paisajes de la provincia de Pontevedra, son comparables, y aun superan en luz, á los paisajes de la Suiza. Cuando el tren se detiene en Redondela, el viajero admira en torno suyo, algo que tiene el aspecto de una decoración inmensa: el airoso acueducto con sus hileras de arcos superpuestos, la ciudad debajo con sus tejados y sus miradores, los montes vestidos de pinares que se convierten en praderas al llegar al valle y allá en el fondo, la ría que parece un anchuroso lago surcado por las barcas pescadoras con sus velas blancas como las alas de las gaviotas.

En Guillarey hemos encontrado un amigo, era el Jefe maquinista de la línea, el señor J... á quien habíamos conocido con el mismo cargo en la estación de H... ¡Qué alegría se experimenta al encontrar un rostro conocido en un país lejano! Le he pedido que me llevara en la máquina y se ha apresurado á satisfacer mi capricho, llevándome con él hasta el puente internacional del Miño; allí me ha explicado cómo por las circunstancias especiales de las precauciones sanitarias, el puente terminado ha-

cía ya un año no se había abierto aún al paso de los trenes, y qué teníamos que hacer para pasar hasta la orilla portuguesa; él mismo se ha ofrecido á acompañarnos en la barca; le hemos rogado que no se molestara, pero él lleno de amabilidad ha insistido en su ofrecimiento. Unas mujeres, que pudieran muy bien ser hombres han cargado á la cabeza nuestros equipajes y pocos minutos más tarde, estábamos todos instalados en la barca. ¡Qué hermoso estaba el Miño! que resbalaba sus aguas majestuosas retratando en su tersa superficie las celosías del puente y las torres y murallas de Valença (1). Yo me coloqué en la proa de la barca y me entretenía mojándome las manos en el agua que estaba transparente y dejaba ver las plantas acuáticas del fondo y los peces que brillaban como átomos de fósforo, escondiéndose en el laberinto de las algas. Un instante después remontábamos la corriente á fuerza de remo y ya en el centro del cáuce víramos en redondo y la barca fué marchando á la deriva hacia la opuesta orilla.

(1) Plaza fuerte portuguesa situada enfrente de Tuy y en la orilla opuesta del Miño.

X

Al saltar á tierra pisábamos ya el territorio portugués; allí nos despedimos del señor J... que se volvió hacia España en la misma barca; un sanitario tomó nuestros nombres, nos invitó á montar en la berlina de un coche preparado al efecto, y poco después llegábamos á las puertas del lazareto escoltados por cuatro jinetes que sable en mano nos custodiaban como criminales. Aquellas puertas se cerraron detrás de nosotros como las puertas de una prisión; y una vez dentro el capitán del lazareto nos notificó la sentencia de ocho días de incomunicación absoluta, sometidos á un régimen perfectamente militar. Mi padre pidió que fuéramos tratados y colocados en primera; el lazareto no era más que una quinta de recreo con sus paseos de emparrados que conducen á diversas casitas y pabellones sueltos; á nosotros nos colocaron en uno de éstos que protegen con su sombra

dos grandes castaños. Componiase de una sala con dos alcobas y una pequeña galería de cristales que daba al camino, y de la cual se divisaban las torres de la ciudad por cuya base se desliza el río; aquí pasamos los ocho días de reclusión. Manöel, un joven soldado era nuestro asistente, y con su ayuda empezamos á instalar desde luego nuestro equipaje; generalmente pasábamos las horas en la galería que hacía de comedor y de escritorio; Manöel nos servia á la hora de ordenanza una comida tan abundante como mala y cuatro veces al día entraba el *chá* (1) en una gran bandeja; era un buen muchacho, y creo que no debió pesarle porque le tratamos como amigo.

Aquellos días fueron años para mi Padre y para mí.

¡Qué hermosa es la libertad perdida! Yo me pasaba las horas muertas apoyados los codos en las ventanas de la galería, escuchando el ruido estridente de los *carriones* (2) que pasaban y las estancias melan-

(1) El té de cuya infusión se hace en Portugal un inmenso consumo.

(2) Carros de madera.

cólicas de los *fados* (1) que cantan las lugareñas; alguna vez pasaba algún mendigo y le arrojábamos algunos *reis* ó los pedazos de pan que nos sobraban; por la tarde subíamos á una plazoleta donde desembocan los túneles del emparrado, y veíamos las tiendas de campaña, que eran las viviendas de tercera donde hacinaban por la noche un montón de carne de gallegos. Y estaban alegres aquellos pobres diablos; bien es verdad que desde allí veían las montañas de su país, tal vez el humo de las chimeneas de su pueblo, y una sencilla flauta de boj tañida por uno de ellos, llevando en sus acentos toda la alegría de sus hogares, bastaba para hacerles bailar los bailes de su tierra. Después comíamos en la galería á la luz de la luna; Manöel me prestaba su guitarra y yo ensayaba á arrancar de entre sus cuerdas, los gemidos de mi alma; alguna vez hacía versos sin más ritmo que la tristeza ni más armonía que la armonía del sentimiento; el viento llevaba casi siempre sus pedazos; nadie los hubie-

(1) *Fados*, llámanse así unos cantos muy populares en Portugal.

ra comprendido. Y yo permanecía inmóvil viendo salir los astros en el cielo y me sumergía en aquel oceano de silencio que sólo interrumpía el lejano rumor del Miño al deslizarse y el alerta monótono de los centinelas. ¡Qué tristes son los días en que el sol nace para alumbrar la cárcel del destierro!

XI

4 Octubre.

Es el santo de mi padre y el día de nuestra libertad; preciosa manera de celebrarlo; nos hemos despedido de los otros cuarentenarios y de nuestro asistente Manoel, y las puertas del lazareto se han abierto después de ocho días de riguroso cautiverio.

A las diez hemos tomado el exprés con dirección á Oporto; aquí inauguramos nuestro viaje como hombres de negocios; voy á empezar mi primera campaña comercial en compañía de mi Padre, y mis apuntes y mis notas sólo contienen ya referen-

cias de banqueros, armadores, compañías marítimas, etc., en vez de las impresiones de mis viajes. Sólo de tarde en tarde, puedo robar un momento á la actividad casi vertiginosa de nuestra vida, y entonces trascibo al papel, algo de lo que la naturaleza escribe sobre mi alma durante el día.

Una hora después de abandonar á Valença llegamos á Caminha, en la desembocadura del río; el tren pasa de las orillas del Miño, que limitan los juncos y las espadañas, á las costas oceánicas donde las olas mueren al besar los grandes arenales, que formando dunas inmensas parecen otro mar que el viento riza en caprichosas ondulaciones.

¡Qué grandioso se muestra aquí el Atlántico! Sus olas gigantescas se arrastran largo rato, produciendo un rumor semejante al rugido del trueno lejano cuando rueda en el firmamento multiplicado por el eco; algunas van á estrellarse entre los peñascos de la costa levantando verdaderas columnas de espuma, que el viento traía pulverizada hasta nosotros. Nada más temido de los marinos que estas costas; las corrien-

tes del golfo Cantábrico vienen á chocar con las corrientes meridionales en este recodo de la Península Ibérica, que es por esto la región de las grandes rompientes. Cuando el mar dejaba de salpicarnos con su espuma, nos internábamos en un océano de pinares, y á las olas encrespadas de las aguas sucedían las olas verdosas formadas por las ramas de los pinos que verduguea el viento.

Aquella misma tarde del 4 de Octubre nos instalamos en el Gran Hotel de Oporto.

XII

8 de Octubre.

Hemos permanecido en Oporto cuatro días, durante los cuales no hemos tenido un minuto de descanso; visitamos la población y sus alrededores; obras grandiosas; el Duero corre encajonado en un cauce profundo donde anclan buques y vapores de todas las naciones, y un puente de hierro de un solo arco, en construcción,

tiende su esqueleto gigantesco entre ambas orillas, uniendo la parte alta de la ciudad con la estación inmediata de Villanova de Gaya, magnífico puerto artificial, en construcción también, en Leixões, á seis kilómetros de Oporto; allí, de pie sobre los bloques de las obras, hemos contemplado la puesta del sol sobre el Oceano; hermoso panorama; una fuga de colores sobre un mar de plata. Se ha levantado una brisa muy fresca que hincha las velas de las barcas pescadoras, y nos retiramos por el frío.

El Palacio de cristal, dominando el mar, la ciudad y el Duero, que se ensancha á sus pies para formar la barra, la Alfandega (1) y la Bolsa, soberbios edificios que honrarían cualquier capital europea, he aquí lo que más he notado entre sus monumentos más notables. Oporto es una ciudad comercial; el ruido continuado de las grúas de los vapores, los tranvías, el humo espeso de las chimeneas de las fábricas, la envuelven en una atmósfera de ruidos y neblinas. Allí se respira la actividad del comercio y

(1) La aduana.

de la industria; Oporto parece el Barcelona de Portugal.

Tres cosas me han llamado singularmente la atención: las astas larguísimas de los bueyes que arrastran las carretas, la nota del hotel, que ascendía á veinte mil reis (1) y un escuadrón de cien plazas que tenía *cuatrocentos pedes de cavallo* (2) sin contar los pies de los jinetes. Las dos últimas retratan al vivo el carácter de nacionalidad; noble y honrado el portugués, se paga muchísimo de las apariencias, y el más modesto de los súbditos recibe el tratamiento de *illustrisimo*. Gustan de las empresas titánicas, y aun sueñan hoy con dominar al mundo. Y ¿quién sabe? Tal vez este mismo carácter ha sido el germen de su engrandecimiento; tal vez sin él, el mapa de nuestra Península no ostentaría dos colores, ni las Indias Orientales y Occidentales, ni las abrasadas regiones africanas hubieran jamás ondeado en su suelo el pabellón de Portugal.

Hablábase en una reunión de jóvenes es-

- (1) Un franco equivale á 180 reis.
(2) Cuatrocientos pies de caballo.

pañoles de la tan debatida cuestión de la unión Ibérica, y uno de ellos propuso con mucha gracia y muy buen sentido práctico lo siguiente para realizarla: España declara la guerra á Portugal, finjimos correr delante de sus ejércitos victoriosos y las fronteras han desaparecido, y Portugal, conquistador, es conquistado para siempre. Yo creo que aquel jóven tenía razón; estoy muy lejos, sin embargo, de vituperar á esta nación; tiene lunares y defectos como los tienen todas las naciones y todas las sociedades, pero en cambio tiene grandes virtudes, que no siempre tienen todos los pueblos. No puedo quejarme de Portugal. Si he estudiado sus costumbres no he encontrado en ellas más que la fidelidad y la honradez; por donde quiera que hemos ido mi padre y yo hemos encontrado una acogida llena de benevolencia y la más desinteresada hospitalidad; por eso yo conservaré siempre el recuerdo de Portugal, escrito en el alma con notas de gratitud eterna.

XIII

8 de Octubre.

Hemos salido á las cuatro de una tarde lánguidamente otoñal; el día hermoso y templado como una despedida del estío, parecía sumirme en una deliciosa tristeza; era una tarde llena de esas horas en que el alma siente el peso abrumador del cuerpo, que la sujeta á su pesar como áncora de hierro en el oceano de la vida.

Silbó la máquina, y el tren salió lentamente atravesando las villas (1) y jardines que se desparraman esmaltando la campiña de la ciudad de Oporto, y muy pronto el vaporoso penacho de la máquina tuvo que abrirse paso á través la espesura de los inmensos bosques que cubren de vegetación exuberante las landas y arenas de otro tiempo. ¡Qué espectáculo tan hermoso! El sol, que empezaba ya á inclinarse sobre el Oceano como sobre un inmen-

(1) Villas, casas de campo.

so lecho de plata, dejaba ver su enrojecido disco, destacándose en el fondo del bosque como fantástica decoración; su luz, al quebrarse en las altas copas de los pinos, las envolvía en una atmósfera rojiza como el fulgor de algún incendio, y allá muy lejos, al dar las últimas vueltas de su girar eterno, semejaba un inmenso carbón encendido en los últimos límites del horizonte.

Y la brisa de las vecinas playas, cargada de las emanaciones salobres de los mares, pasaba gimiendo entre las ramas de los pinos y acariciaba mis cabellos, y al refrescar mi frente abría ante mis ojos un mundo de sonrientes imágenes y halagadores sueños, como si fuera un filtro mágico que adormeciera mis sentidos; y aquel rumor de brisas que gimen entre los árboles, y aquellos ecos misteriosos que interrumpian la soledad del bosque, traían á mi oído algo como rumor de lágrimas que resbalan, millones de armonías, efluvios misteriosos de la divinidad.

Yo estaba entonces lleno de la naturaleza, y aquellas auras de los montes traían á mi alma ráfagas de inspiración sublime. ¡Dios mío! ¿por qué no me disteis la lira

del poeta para decir á los hombres esa misteriosa confidencia de lo desconocido? ¿Por qué no me habéis dado una voz melodiosa como á los pájaros del bosque para cantar ese mundo de armonías que escuché aquella tarde en el himno eterno de la naturaleza, cuando lejos del mundo de los hombres me aproximaba á Vos?

Y en tanto el tren seguía su marcha vertiginosa á través los pinares, rugiendo como fiera herida que tratara de guarecerse en la oscuridad del bosque, mientras el sol poniente envolvía los últimos pinos en una luz vaga y melancólica, mezcla extraña de los colores de cielo, tierra y mar; yo contemplaba en la ventanilla aquella fuga de fantásticos cuadros que evocaban en mi alma un mundo de poesía, cuando un movimiento instintivo me hizo retirar al interior del wagón, y un viento frío y húmedo heló mi frente, disipando como densa niebla aquel delicioso éxtasis del alma. La fiera había encontrado su guarida; el tren caminaba dentro de un túnel, y aquel ruido infernal del hierro repercutido en las oscuras concavidades me parecía una orgía de diabólicas carcajadas, un murmurar si-

niestro de blasfemias, un sarcasmo de la materia que aprisionaba mi espíritu en las entrañas de la tierra.

Diez minutos más tarde el tren detenía su carrera en Ermezinde; los eucaliptos que forman en el lado opuesto á la estación una larga avenida, limitan los dominios del vecino bosque, y en el bosque ví destacarse y aproximarse al tren un grupo de dos seres, cuyo recuerdo conservaré grabado en mi memoria.

Una niña rubia de rizados cabellos, que envolvían su rostro de ángel en un nimbo de oro, conducía de la mano á un anciano vestido de harapos; era un ciego, y llevaba colgada á la espalda una bolsa de cuero, al través de cuyos rotos se veía la caja de un violín. La niña contaría apenas diez años; llevaba los pies descalzos y cubiertos de ligera capa de polvo, y se ocultaba temerosa detrás del ciego sin soltar su mano.

Una niña hermosa y dulce como una sonrisa sirviendo de lazarillo á un anciano venerable, era un cuadro lleno de sentimiento, donde estaban admirablemente pintados la aurora y el ocaso de la vida.

El viejo colocó el violín debajo de su

barba blanca, preludió una melodía triste, y María, que así se llamaba la niña, mezcló su vocecita con las notas del violín, y fijando en el cielo sus ojos azules húmedos de lágrimas, entonó esta balada:

Traidoras las olas que rizan los mares,
maldito el Oceano, malditas sus aguas,
¿por qué le tragásteis? Decidme qué os hizo
mi padre del alma?

Maldito mil veces hogar venturoso
que fuistes un tiempo la paz de mi casa;
traidora tu lumbre que fué de alegría,
traidoras tus llamas

que nacen hermosas cual ráfagas de oro
y brillan y abrasan.

¿Por qué la quemásteis? Decidme qué os hizo
mi madre adorada?

Maldita la lumbre, maldito el Oceano,
malditas sus aguas.

¡Pobre María! ¿Queréis saber su historia? Escuchadme, pues, y lloraréis con ella su desgracia.

Una tarde, aún tataba María, su madre la bajó dormida entre sus brazos y se sentó en la playa. Todos los días al ponerse el sol dejaba á su niña dormida en la cuna y bajaba á esperar á su marido que volvía

de la pesca impelido por la brisa del mar; ella le ayudaba á descargar la barca y á tender las redes, y luego subían á su casita con una cesta de pescado cada uno en la cabeza y otra que subían entre los dos. Allí les esperaba la hija de su amor despierta, jugando con las ropitas de la cuna, y ellos se disputaban por darle el primer beso; su padre la sentaba sobre sus rodillas mientras la madre encendía la lumbre para hacer la cena, y así pasaban los meses día tras día sin que nada turbara aquel idilio de felicidad.

—Esta tarde quiero sorprenderlo, decía la madre; bajaré á María dormidita y le esperaremos las dos allí en la playa. Es verdad que no podré ayudarle á subir la pesca... pero no importa; ya está el Sr. Juan su compañero, que lo hará por mí.

¡Pobre madre! No pensaba que el Oceano encierra en su fondo la perfidia, como el alma de un malvado. Sus aguas que rizaba el oleaje, reflejaban en su superficie todo el azul del firmamento, velado á intervalos por ligeros nubarrones, y una ligera brisa movía apenas los pliegues del pañuelo con que cubría á la inocente niña.

Pero ¡ay! que la brisa se convirtió en viento y el rizo de las olas en inmensos cilindros de agua que avanzaban rugiendo, yendo á levantar surtidores de espuma en las rocas de la playa. La niña despertó llorando, asustada por el sordo rodar de las olas, y un temblor nervioso agitaba á la madre; á cada barca que veía doblar el cabo abría sus grandes ojos y nacía en su alma la esperanza; ¡todo fué en vano! Él no arribó. La noche tendió su manto para aumentar los horrores del cuadro, y se encendió en lo alto del peñasal una gran hoguera que sirviera de faro; pero nada se descubría entre las sombras ni se oía nada que no fuera el rugir de la tormenta.

Ya era próximamente la media noche cuando la mujer del pescador se retiró á su casa con su hija en los brazos; todo quedó en silencio menos el mar, la niña iba llorando de sueño, la madre no lloraba pero estaba densamente pálida, y sus facciones extrañamente contraídas. Entró en su casa y acostó á su hija, ¡pobrecita! aquella noche no hubo besos ni canciones que arrullaran su sueño; su madre la dejó en la cuna, salió precipitadamente hacia

la playa y allí permaneció de pie, rígida, inmóvil como una estatua; la luz rojiza de la hoguera que se consumía, reflejaba en las líneas de su rostro, sus cárdenos destellos, comunicándole un aspesto extrañamente fantástico, y con la roca por pedestal, y el mar embravecido por alfombra; aquella mujer petrificada parecía la Virgen de las tormentas.

El Atlántico fué apaciguando sus bramidos como un mónstruo harto que descansa sobre los cadáveres sangrientos de sus presas. Eran las cuatro de la mañana cuando el sol tendía sus primeros rayos sobre el Oceano; y el mar estaba ya tranquilo y solitario como un inmenso cementerio, y ni un mástil ni una vela interrumpía la monotonía en la superficie de las aguas. La esposa del pescador contemplaba con ojos extraviados aquel espectáculo de muerte, y cuando el primer rayo de sol alumbró aquella llanura tersa como la losa de un sepulcro, lanzó una carcajada nerviosa, crispó las manos y cayó en el suelo.

El señor Juan que era la providencia de los que sufren, recogió á la infeliz madre y la llevó á su casa; á fuerza de cuidados

consiguíó que recobrará el conocimiento, pero la infeliz había perdido la razón. Desde entonces ya no hubo cantos para María, su madre se pasaba horas enteras junto á su cuna, y algunas veces llenaba su frente y sus mejillas de besos precipitados y la oprimia contra su pecho hasta hacerla daño y concluía siempre sus caricias riendo de una manera que la asustaba. Cada vez que el mar despertaba de su letargo para dejar oír el mugido de sus olas, la viuda del marinero bajaba á la playa, encendía lumbre en lo alto de las rocas y así permanecía horas enteras como la estatua del dolor. Todas las jóvenes de la aldea, sus antiguas amigas y compañeras la querían mucho y se compadecían, pero al encontrarse con ella sentían un terror supersticioso y solo la conocían con el nombre de «A louca das prayas» (1).

Una tarde bajó á la orilla del mar, que se agitaba en una de esas tormentas del equinoccio que levantan montañas y torbellinos de agua; y encendió el fuego de costumbre; allí pasó gran parte de la no-

(1) La loca de las playas.

che vagando errante de roca en roca y atizando las llamas de la hoguera; por fin, cogiendo un pedazo de madera encendido lanzó una carcajada que repitieron los ecos de la playa, y se lanzó á la carrera por el peñascal que sube hasta su choza. ¡Qué extraña figura! riendo con aquella risa salvaje, el cabello suelto y en la mano la tea encendida, aquella loca parecía el Genio de la desesperación.

Cuando entró en la casita donde dormía su hija, corrió hacia la cuna, y estrechando á María entre sus brazos la cubrió de besos; el rostro de la loca estaba lívido y descompuesto y su frente ardía como las paredes de un hornillo; pero de pronto abrió sus grandes ojos que giraron en sus órbitas con una movilidad siniestra, y lanzando una carcajada histérica, horrible como un grito de maldición, corrió al lugar donde había dejado la tea, que chisporroteaba, alumbrando las paredes ennegrecidas, con pálidos reflejos.

El Atlántico rodaba aún sus cilindros de agua turbia con un rumor sordo como el

gemido de los elementos, y allá en la punta del cabo las últimas ascuas de la hoguera que encendió *la loca* proyectaban sus últimos fulgores entre las sombras de la noche.

El señor Juan había sido sorprendido en el mar por la tormenta; durante varias horas había luchado entre la vida y la muerte, cuando apercibió á lo lejos las llamas que brotaban á intervalos de las cenizas de la hoguera; y aquellas llamas fueron para él, faro salvador que le condujo al puerto. Cuando la barca del señor Juan tocó en la arena con la quilla, el casco, desecho por los golpes de mar hacía agua y los brazos de los remeros estaban rendidos por la fatiga.

Apenas habían saltado á tierra, y una luz que seguía rápidamente el sendero del peñascal les llamó vivamente la atención; pocos minutos más tarde una llamarada intensa envuelta en torbellinos de humo, se filtraba por las rendijas de un tejado. La loca había incendiado su cabaña.

Todos corrieron al lugar del fuego, cuando llegaron, las ventanas de la casita parecían las bocas de un horno que despedían chorros de gases inflamados.

Solo un instante de vacilación y María estaba perdida para siempre; pero el señor Juan empujó la puerta, y tapándose los ojos con las manos desapareció entre la densa humareda. Un grito de terror se levantó entre los otros marineros que desde fuera procuraban en vano dominar el fuego, mientras el señor Juan llegaba hasta la cuna de la niña; allí estaba también la madre sentada en el suelo y abrazando con sus manos crispadas los pies de aquella cuna; el señor Juan quiso cogerla en sus brazos, pero fué inútil, la loca le rechazó con una fuerza hercúlea; no había tiempo que perder, las llamas comenzaban á invadirlo todo, entonces tomó en sus brazos á la niña envuelta entre las ropas y corrió á la escalera, mientras la loca se retorció en convulsiones histéricas y lanzaba carcajadas horribles, como el estertor de una agonía.

El señor Juan quiso andar, pero las llamas le cerraron el paso, y entonces arrojó á María entre las mantas y apretando aquel lio contra el pecho, se adelantó sereno en medio de aquel túnel ardiente. Cuando llegó á la calle, la casa del pescá-

dor ardía como una inmensa hoguera. ¡Pobre loca! el agua del Oceano le había arrebatado al padre de su hija y con él la razón y la felicidad; ahora el fuego le arrebató á ella la vida.

Qué horrible era el crujir de los maderos que ardían como los haces de leña de una enorme pira; y aquel techo que cobijó algún día tantos sueños de amor y de ventura, se hundió, enterrando para siempre entre el fuego y los escombros á la madre de María, la loca de las playas.

¡Pobre huérfana! dijo entonces el señor Juan, y acercó sus labios á la frente de la niña, que tenía en los brazos, y dejó en ella un beso, y sintió que las lágrimas subían á sus ojos, pero las lágrimas se evaporaron al contacto de unas pupilas abrasadas para siempre por las llamas del incendio; no podía llorar, el señor Juan estaba ciego.

.....

¿No es verdad que es una triste historia, la historia de María? ahora es ella el lazarrillo del pobre viejo que perdió la vista por

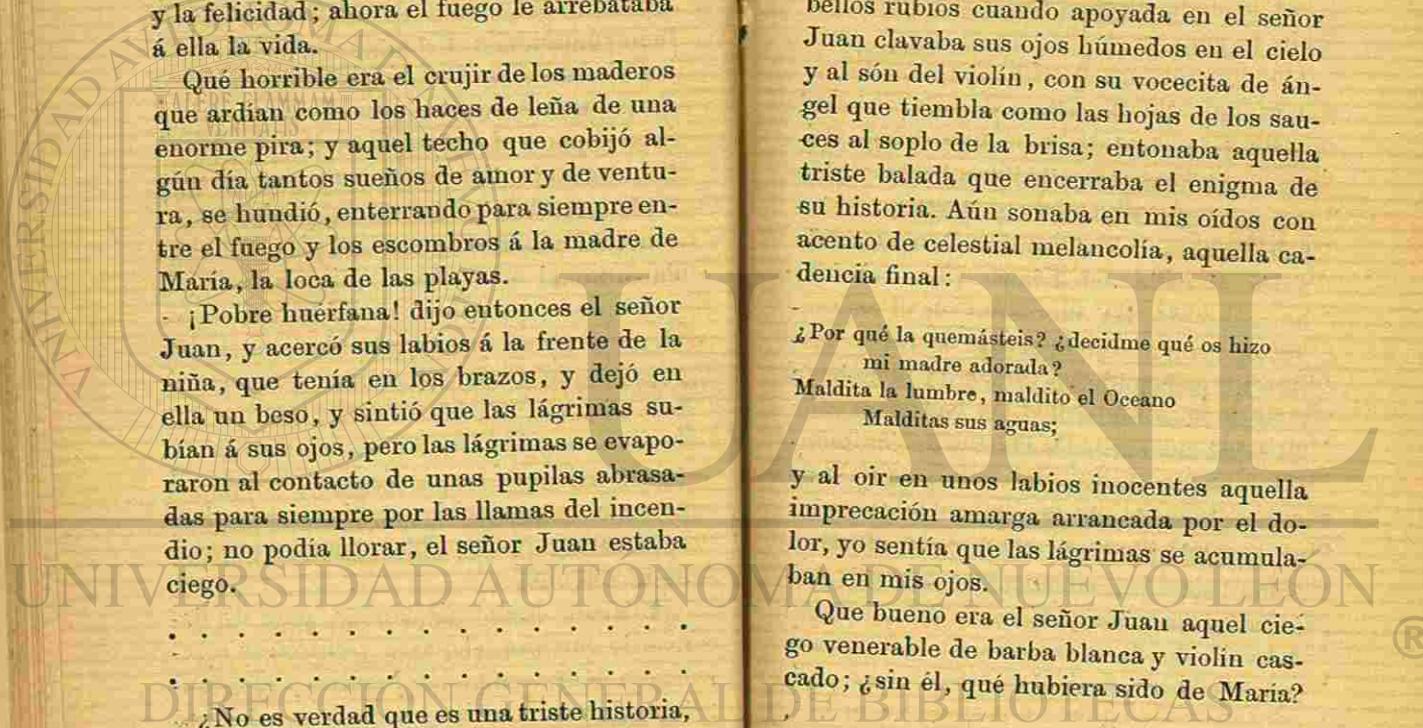
salvarla, él es para ella su madre, su padre, su todo en el mundo.

Que hermosa estaba aquella niña de cabellos rubios cuando apoyada en el señor Juan clavaba sus ojos húmedos en el cielo y al són del violín, con su vocecita de ángel que tiembla como las hojas de los sauces al soplo de la brisa; entonaba aquella triste balada que encerraba el enigma de su historia. Aún sonaba en mis oídos con acento de celestial melancolía, aquella cadencia final:

¿Por qué la quemásteis? ¿decidme qué os hizo
mi madre adorada?
Maldita la lumbre, maldito el Oceano
Malditas sus aguas;

y al oír en unos labios inocentes aquella imprecación amarga arrancada por el dolor, yo sentía que las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

Que bueno era el señor Juan aquel ciego venerable de barba blanca y violín cascado; ¿sin él, qué hubiera sido de María?



XIV

9 Octubre.

Vianna do Castello, pequeña ciudad asentada en la desembocadura del río Lima; aquí hemos alquilado un landó tirado por dos fuertes caballos y después de informarnos sobre el camino hemos salido hacia el valle del Lima; país delicioso hermano de las montañas de Pontevedra de las que sólo le separa el Miño, parece un pedazo de los Alpes de la Saboya clavado en estos sitios. La carretera ciñe en graciosas curvas las faldas de los montes cubiertas de pinares; tan pronto sube á las cimas donde franquea las cascadas al través de puentes estrechos y profundos, como baja á los barrancos vestidos de helechos y castaños y discurre por el fondo del valle donde se arrastra el río como una culebra de escamas plateadas.

.....
 A partir de aquí paso semanas enteras

sin fijar en el papel mis impresiones; aún las siento en mi alma, pero no quiero dároslas veladas con las brumas del pasado. Mi padre y yo hacemos una vida activa en extremo sin tener una hora de descanso, y mis notas, pertenecen por completo á la materia, son montones de números. He aquí sin embargo algunas de ellas sin conexión ni enlace, que he salvado entre márgenes de cartas robando el tiempo para escribirlas.

15 Octubre.

Volvemos á Vianna do Castello; es domingo y á cada paso encontramos en la carretera grupos de *raparigas* (1) con cestas en la cabeza y los zuecos en la mano. Volvian del mercado y casi todas iban acompañadas de sus *rapaces* (2), sus novios sin duda, formando grupos pintorescos. No he visto entre ellas ninguna fea, y al contrario, me han llamado la atención la pureza y corrección de sus facciones;

(1) Nombre usado en Portugal que significa, mo-
 cita ó muchacha.

(2) Muchacho.

todas son árabes, el tipo oriental se encuentra en esta tierra perfectamente conservado; ojos profundos y rasgados, cabello negro de azabache que cae en dos grandes ondas por la frente, tez morena, y hondo seno mal velado por la almilla que escapa del corpiño. Una saya que cae en pliegues hasta las desnudas rodillas y un delantal bordado en franjas de vivos colores: he aquí el complemento de su traje. Grandes zarcillos en las orejas, largas cadenas de plata dorada (1) que después de ceñirse al cuello en numerosas vueltas vienen á terminar en un grueso dije, y un pequeño sombrero negro mezcla de calañes y de turbante: estos son todos los adornos que realzan con su sencillez, la hermosura proverbial de las *miñotas* (2).

Las facciones de estas *raparigas* me recuerdan las odaliscas de las leyendas árabes; su traje gracioso y sencillo á las aldeanas de Sorrento. He notado en nuestra excursión por las montañas del Lima y de

(1) Es una costumbre muy generalizada en Portugal entre las aldeanas, que han de ser sumamente pobres para no tener la cadena de oro ó plata que lucen en sus fiestas.

(2) Mujeres de la provincia del Miño.

Monção la cortesía natural de los habitantes; no hemos encontrado uno sólo que haya dejado de saludarnos.

26 Octubre.

Bajamos del tren en Mogofores: Comida infernal en una mala posada que hay junto á la vía; hemos alquilado un coche que nos ha llevado á Nadia, un pueblecito inmediato, donde hemos hallado un recibimiento lleno de amabilidad en la casa solariega de los Condes de N; la Condesa nos ha acompañado por las dependencias enseñándonos el jardín y las bodegas, ha llamado á su hija Magdalena que es una hermosa niña de dieciseis años llena de sentimiento y dotada de la más esmerada educación propia de la alta sociedad en que vive. ¡Qué preciosa conversación! No hubiera encontrado nunca el momento de cortarla; me ha hablado en correcto francés y me ha contado cómo pasaba los veranos en medio de aquel jardín donde vivía feliz sin más amigas que sus flores, en vez de la vida agitada entre salones y fiestas, de los inviernos en Lisboa.

Después, el látigo ha hecho salir al galope los caballos y yo me llevaba de Nadía, de la Condesa y de Magdalena, un recuerdo placido y tranquilo como las sonrisas de los ángeles.

1 Noviembre.

Coimbra: Si hubiera de describir esta ciudad, necesitaría un libro completo. A su famosa universidad, única en todo el reino, acuden los muchachos de todas las provincias que se dedican á las letras. Coimbra es una ciudad de estudiantes; hay barrios enteros de casas donde éstos habitan por grupos de seis ú ocho; cada grupo constituye lo que ellos llaman una república y sería curioso el hacer un estudio especial de las costumbres, los privilegios y las leyes especiales de los estudiantes en Coimbra. Aun andan todos por la ciudad con el antiguo manteo, pero ya no es el manteo lleno de sietes y adornado de manchas de los estudiantes de la tuna, es un manteo que se va, y para despedirse se ha elegantizado con el progreso de la moda. En el hotel he conocido á Mary; una joven ale-

mana que habla el francés correctamente; á las primeras palabras que hemos cambiado, ya nos unía la amistad franca, propia entre dos extranjeros que viajan en un país extraño. Su instrucción vastísima, más rara en una mujer, su fina delicadeza y su esquisito sentimiento, hacen de su conversación una continuada historia llena de interés, viveza y colorido, que escucho con placer.

Hemos visitado la *Quinta das lágrimas* (1), y en ella la fuente donde cuentan que fué asesinada la hermosa dama doña Inés de Castro; el agua brota en el hueco de un peñasco y el arroyo que forma, se escapa serpenteando al través una frondosa alameda de cedros, palmeras y sicomoros; entre las guijas que lava la corriente, hay una piedra que tiene hermosas manchas de un color rojizo y el vulgo que todo lo recoge dice que es la sangre de doña Inés, y de una variedad de algas que salen de la roca, dicen que es el cabello de la hermosa. En una losa de mármol hay una octava real de las *Lusiadas*, bellísima como toda

(1) Quinta de las lágrimas.

la poesía de Camões, el cantor sublime de las glorias portuguesas, empieza así:

As filhas do Mondego á morte escura
Longo tempo chorando memoraram etc.

Aquella fuente se llama la Fuente de los amores, y aquel paraje solitario la Quinta de las lágrimas; lágrimas y amores; ¡eterno drama del destino! junto al amor la esencia de la vida, nace el odio mortal que la emponzoña; sus flores son como la flor del manzanillo, que guardan en el fondo de su corola el fatal aroma que adormece y mata.

6 Noviembre.

Salimos con dirección á Lisboa; al atravesar el Mondego hemos visto el panorama de Coimbra, que se levanta en anfiteatro escalonado á la derecha del río, en la cima se destaca el severo edificio de la Universidad, y en la parte oriental el jardín Botánico que parece una exposición universal de todas las *especies* del globo; á la izquierda del río se alza en lo alto de una eminencia el histórico convento de Santa Clara, y

allá escondida entre las palmeras y los cedros que baña el Mondego con sus ondas, la Quinta de las lágrimas.

¡Adiós Coimbra! suntuoso palacio de la eterna primavera, escondido entre flores, como un ensueño del pasado que no han podido disipar las luces esplendentes del progreso. Tú eres como el adiós solemne de los pasados siglos que se despiden de nosotros al ir á encerrarse para siempre en la tumba del olvido.

15 Noviembre.

Alhandra: villa pequeña, á 26 kilómetros de Lisboa, en la orilla derecha del Tajo. Al entrar en la *hospedaria* (1) he oído una voz que me ha llenado de alegría, era nuestro buen amigo Raoul de quien ya no nos separaremos durante nuestra estancia en Portugal; ha venido como negociante y teniendo el mismo campo de operaciones que nosotros nos hemos de prestar mutuos servicios.

Eran las nueve de la noche; el mismo

(1) Hospedería.

ha hecho el menú de la cena, y ha enseñado á la rapariga *Ignaca* la manera de hacer un buen *biffes* (1); después me ha enseñado sus caballos, que son dos que compró en una feria por 12 libras esterlinas (2); hemos hablado largo rato de sobremesa y nos vamos á dormir contentos de haber encontrado á nuestro amigo.

Nota de última hora. — Las camas infernales como todas las camas portuguesas, digo mal, mucho peores que todas ellas, pero paciencia y dormir; es el único remedio.

17 Noviembre.

Llegamos á Lisboa; hemos bajado en el hotel Universal, que me ha llamado la atención por su escalera regia; en los pasillos he encontrado á Mary; por aquellos días se había recrudecido en Madrid la justa indignación del patriotismo herido por el desembarco de los alemanes en las Carolinas; y ella me ha saludado diciéndome: —

- (1) Lo que en España llamamos bistek.
(2) Equivalentes á 54.000 reis, 300 francos.

Hoy es la primera vez que España y Alemania se encuentran frente á frente sin mirarse con odio.

Lisboa es una capital llena de grandes plazas, hermosas avenidas rodeadas de hoteles y anchurosas calles, pero tal vez por la rapidez de la visita no encuentro nada que me impresione vivamente; sus Iglesias, sus teatros, sus palacios y monumentos son obras de arte, pero no tienen ese sello de individualidad que da lo grandioso y que hacen de una obra la única en el mundo; nada hay en Lisboa que no pueda verse en otras capitales europeas; digo mal, el Tajo arrastrándose majestuoso hacia el mar; presenta á la vista un cuadro lleno de animación y vida ciñendo la ciudad en un marco de plata que yo contemplaba extasiado por la primera vez desde los muelles de granito de la anchurosa Praça do Comercio (1).

- (1) Plaza del comercio; la más notable de Lisboa, en ella están establecidos todos los ministerios, magnífica estatua ecuestre de D. Pedro I, en el centro y en el fondo un arco de triunfo que abre la Rua Augusta, como grandiosa portada de la ciudad del Tajo.

20 Noviembre.

Dois Portos: Hemos encontrado á Raoul montado en un machito del país; uno de los caballejos que me enseñó en Alhandra se le había muerto repentinamente y el otro cojeaba de las cuatro patas á consecuencia de una lluvia.

23 Noviembre.

He vuelto á Lisboa solo; mi padre ha marchado á Alhandra donde iré á reunirme con él.

Durante todo el día he estado corriendo á fin de quedar pronto libre de los asuntos que traigo y en la tarde he ido por el río hasta Belem. Allí he encontrado una joya de arte que no conocía, la iglesia de San Jerónimo, cuyas agujas blanquean cerca del mar, aéreas como una bruma del Océano que se arrastra por la orilla; las delgadas columnas del templo que suben airosas hasta las ojivas de las bóvedas, parecen surtidores de filigranas. He visto la torre de Belem que azotan las olas y donde un

tiempo se mezclaron el rumor sordo del Atlántico con los gemidos de los prisioneros que morían en sus húmedos calabozos. Los navegantes ven adelantarse hacia el mar esta torre como un saludo hospitalario de Lisboa.

Paso una hora deliciosa remontando el río; nada más placentero que una tarde templada del otoño sobre el Tajo; el ruido acompasado de los remos, las voces de los marineros de barcos anclados que calafatean la cala ó arreglan el velamen; el rumor del viento sobre las velas que entran cabeceando, las gaviotas que arrastran sus alas por el agua y los cantos de los bateleros; aquello es un mundo de armonías flotando sobre la superficie de un inmenso lago. Cuando atracamos al desembarcadero, las farolas de los buques y los mecheros de gas de los muelles, trazaban surcos luminosos y ondulantes al reverberarse sobre las aguas.

27 Noviembre.

Vuelvo á Lisboa donde voy y vengo con frecuencia, mientras mi padre dirige el negocio sobre el terreno; me he acostumbra-

do á esta vida activa que ahora hace mis delicias; yo conozco que antes tenía miedo al trabajo sin conocerlo; ni los halagos de la fortuna, ni la voluptuosidad de los placeres materiales, ni las embriagueces de la gloria, dejan en el alma una estela de goce tan puro como el trabajo del hombre honrado que cumple sus deberes.

3 Diciembre.

Alhambra: Nuestro amigo Raoul que nos hace muy buena compañía parece que ha encontrado que su machito portugués no le lleva tan de prisa como su deseo, y se dispone á sustituirlo por un caballo y una *charrette anglaise* (1), es el espíritu de la actividad alojado en un manajo de nervios bien templados.

10 Diciembre.

No sé si estoy contento ó triste, esta noche salgo para España á donde me llaman apresuradamente por una circunstancia

(1) Coche pequeño de dos ruedas.

imprevista. Raoul me ha prometido cuidar de mi padre como yo mismo y avisarme sin tardanza si ocurriera algo. En medio de una lluvia torrencial les abrazo á los dos y me despido de ellos, de Portugal y de mi vida de negociante, para algunos meses.

11 Diciembre.

Me he despertado cuando el tren corría ya por las llanuras de Extremadura.

El país que atraviesa el tren es muy triste, pero estoy en mi patria, oigo hablar español en todas las estaciones y esto me llena de alegría.

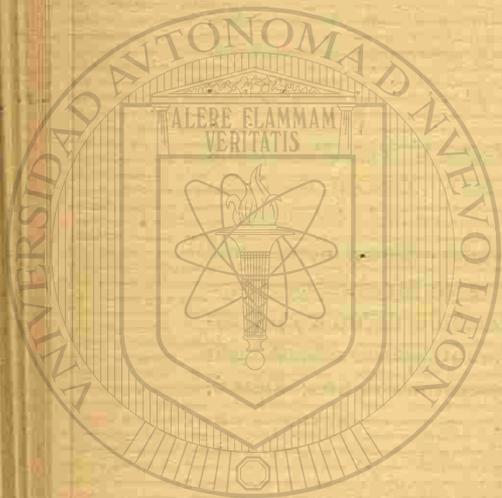
Al ponerse el sol he llegado á Madrid por donde paso sin detenerme apenas, he tomado el tren de Aragón, y á la mañana siguiente, después de medio año de ausencia, veía dibujarse en el horizonte las montañas de mi tierra. Yo estaba contento como un niño al descubrir desde la ventanilla uno á uno los picachos de la Sierra donde están las grutas encantadas de los cuentos de mi infancia, cada pueblo que divisaba en la hondonada, ó medio oculto entre

los cerros de los montes, era un recuerdo que brotaba en mi mente lleno de luz y de color como las amapolas en los campos; la pequeña ermita de San Jorge festoneada de acacias y cipreses levantándose como sencillo monumento sobre los campos regados con la sangre de héroes, donde hoy crecen los olivares y las vides, el viento que verdugueaba los sembrados; todos eran ecos placenteros que murmuraban en mi oído acentos queridos como el recuerdo de mis primeros años, frases misteriosas como las timidas confianzas de mi primer amor.

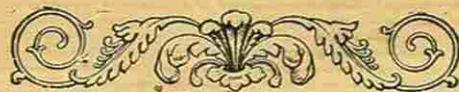
Después... estaba en brazos de mi madre, de mis hermanas, de mis parientes y amigos; todos me piden mil datos y noticias de mi padre, de Portugal y de nuestro largo viaje; sólo mi hermana Teresina que está encantadora, me pide besos y juguetes, y me pasea por la casa para enseñarme las innovaciones; ha venido á verme mi tía I... con su hermosa pequeñita y tío Manuel el ídolo de todos sus sobrinos y á quien yo quiero mucho, después he salido á la galería de cristales y he visto el jardín, desnudo de flores y la Virgen allá en el pe-

destal del fondo, sin el arco de rosas y jazmines que formaban trepando, el altar y la bóveda en una capilla de aromas y armonías, donde se ofrecen por cantos los trinos de los pájaros y por incienso el perfume de las flores.

Al día siguiente cuando Teresina vino á despertarme yo la besé dudando de la realidad como si fuera un sueño y entonces al penetrar hasta el fondo de mi conciencia y al leer en los senos de mi alma encontré que todas las impresiones de mi viaje, todos los recuerdos de mi pasado estaban allí escritos con tres notas sublimes: DIOS, POESÍA, AMOR.



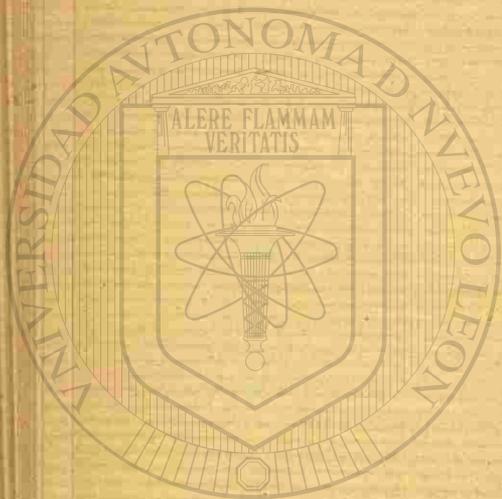
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOTA

ESTOS versos los encontré intercalados en su mayor parte con mis notas anteriores; son como los capullos sin aroma de una poesía pobre, que brotaron entre las hojas de mis impresiones, impregnados de lágrimas; yo los arranqué para reunirlos en un pequeño ramillete; os he dado las hojas; sería un egoísta si guardara las flores para mí, tomadlas, pues, pero no busquéis perfumes ni colores; son pálidas y de aroma amargo como las flores de los cementerios, y no habéis de encontrar en ellas otro valor que el de mi buen deseo.





RIMA ⁽¹⁾

Silenciosa la noche, oscuro el cielo
y en su aéreo velo de nuboso tul
brilla y se apaga la fugaz estrella
y sólo deja su fosfórea huella
en el espacio azul.

Así en la noche oscura de mi vida,
luz nacida de un ensueño embriagador,
al cruzarla tu imagen sonriente
sólo una huella ardiente
has dejado en el cielo de mi amor.

Eaux-Bonnes, 4 Septiembre.

(1) En un álbum.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Gunmerçon, 13 Agosto.

Como busca el enfermo en su agonía
agua que apague su estentóreo ardor. ✓
así los rayos de tus ojos negros
busco anhelante yo.

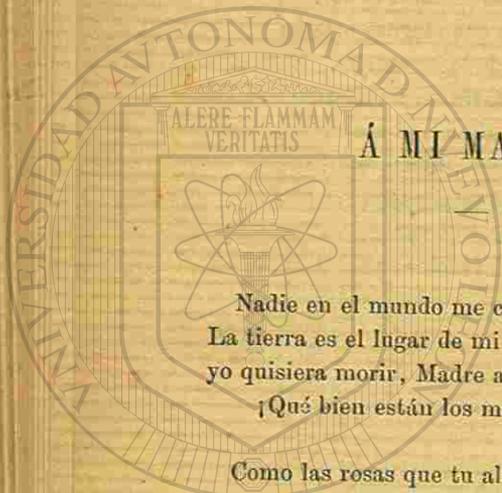
Como acaricia loco, un suicida
el puñal que ha de abrir su corazón, ✓
cuando veo tu imagen impalpable
así en mis sueños te acaricio yo.

Como llama la alondra á sus polluelos
que le robara astuto cazador, ✓
sólo en el mundo delirante y loco
así te llamo yo.

— 111 —

Como van á la mar todos los ríos,
como sube hasta el cielo la oración,
como una gota de agua va á otra gota,
como ruedan los astros hacia el sol,
siempre girando en sus eternas órbitas
por misteriosa ley de la atracción,
así hacia tí me arrastra en mi destino
la atracción de las almas, el amor.
Yo te busco, te llamo, te acaricio,
ébrio, anhelante de fatal pasión;
que seas para mí mortal veneno,
eso que importa, si te adoro yo.





Á MI MADRE

Nadie en el mundo me comprende, Madre.
La tierra es el lugar de mi destierro;
yo quisiera morir, Madre adorada.
¡Qué bien están los muertos!

Como las rosas que tu altar adornan,
mustias las hojas á tus pies cayeron,
te traigo, Madre, un ramo que he cogido
aquí en el cementerio.

Son flores que han nacido en los sepuleros,
junto á las cruces, esmaltando el suelo.
¿Quién sabe? Acaso cada flor que nace
es un suspiro eterno.

Tal vez cuando encerrado en una tumba
se seca para siempre algún cerebro,
brota en la tierra alguna madre selva
como aéreo pensamiento.

Tal vez cuando en la tierra se evapora
de un ataúd en el recinto estrecho
el corazón de un ángel que á su patria
subióse en raudo vuelo;

Al salir de la tierra estos vapores,
efluvio virginal del sentimiento,
como emblema de amor que no es del mundo
brota un rosal el suelo.

¿Queréis, pues, este ramo, Madre mía?
Sus flores son las almas de los muertos,
que los vivos regaron con sus lágrimas
nacidas del recuerdo.

Dice una losa: Alicia... quince años,
no era del mundo, corazón inmenso;
tan inmenso en el mundo no cabía:
por eso subió al cielo.

¿Veis esta rosa pálida que apenas
ha abierto su corola? Hace un momento
la he cogido en su tumba... ¡Pobre Alicia!
La raíz del rosal está en su pecho.

Madreselvas, jazmines, campanillas,
llanto de niños ó llorar de viejos,
ensueños de mujer, proyectos de hombre,
gigantes pensamientos;

Todo estas flores son, Madre querida,
eternas mensajeras de lo eterno;
¿no es verdad que aceptáis, Virgen hermosa,
el ramo que os ofrezco?

Nadie, nadie en el mundo me comprende;
la tierra es el lugar de mi destierro.
Yo quisiera morir, Madre adorada.
¡Qué bien están los muertos!

Precilhon, 28 Agosto.



CRUZIÑA

Viajero, mi buen viajero
que corres tras la suerte por España
tan ligero
como el viento que sopla en la montaña:

Ten compasión de esta niña
huérfana y pobre. Dí, ¿no me conoces?
soy Cruzina,
sola en el mundo, para mí no hay goces,
ni locas alegrías, ni cantares,
me han hecho sufrir tanto
mis pesares,
que hoy sólo tengo en patrimonio el llanto.

Viajero, mi buen viajero,
soy Cruziña;
no marches tan ligero;

mis padres ya se han muerto, yo aún soy niña.
toma mi cesta y compra alguna cosa,
que si crece el montón de mi dinero,
he de comprar la cruz para su fosa.

Sobradelo, 26 Septiembre.



Lazareto de Valença, 1.º Octubre.

Era una tarde de encantos llena,
límpido el cielo, brisas templadas
iban fugaces á orear mi frente
á mi ventana.

El ancho Miño de azules ondas
que en lecho de oro su curso arrastra
como sintiendo dejar los prados
que de esmeraldas

dan á su orilla precioso marco,
ya más tranquilo se deslizaba
hacia la playa donde se mezclan
al mar sus aguas.

Tristes cadencias, mitad gemidos,
canciones tristes, mitad baladas,
flébiles ecos que dan al viento
las aldeanas.

¡Ah, cómo hablaba todo á mi mente!
la brisa, el río, la triste estancia,
mientras rodaban por mis mejillas
ardientes lágrimas.

Y es que aquel cielo no era ¡ay! el cielo
que ya en la cuna me cobijara,
la brisa aquella no era la brisa
de mis montañas,

y el ancho Miño ya no era el Miño
de curso rápido y azules aguas,
menos azules si no reflejan
el cielo hermoso de nuestra patria.

Y aquellos ecos de algo extranjero
y aquellos cantos en lengua extraña,
al recordarme mi cantiverio
me atormentaban.

¡Cuántos suspiros ahogué en mis labios!
pero al herirme la suerte ingrata,
sentí que un mundo de poesía
rodaba en mi alma.

Buscando alivio para mis penas,
pedí á las cuerdas de mi guitarra
que mis gemidos con dulces notas
acompañaran;

Pero los ecos de mis cantares
se ahogaban tristes en mi garganta,
y de mi pecho brotaban sólo
tristes estancias.

Y es que aquel cielo no era ¡ay! el cielo
que ya en la cuna me cobijara,
el ancho Miño no era ya el Miño
de azules aguas,
y aquella brisa no era la brisa
de mis montañas;
Por eso loco la tarde aquella
rompí las cuerdas de mi guitarra.





Coimbra, 2 Noviembre.

Madre: escucha las campanas;
¿Y lloras...? Qué triste estás.
Si son los Santos, no llores,
hoy es fiesta en el lugar.

*Y las campanas doblaban
con acento funeral
y el eco repetía allá en el valle
tin tan, tin tan.*

Madre dí: ¿tocan á muerto
en la torre del lugar
que estás tan triste? — hija mía
escucha: ¿quieres rezar
aquí conmigo á la santa
Virgen de la Soledad?
Sí; pero no llores Madre,
si yo me voy á curar;

— 121 —

mira, hoy no he tosido nada,
el pecho no me hace mal,
ponte alegre Madre mía
que hoy es fiesta en el lugar
es día de Todos Santos.
Madre, ¿no oyes repicar?
— Sí, hija, sí; pero esta noche
es noche de soledad
son las ánimas y luego
las campanas doblarán

*y el eco repetía allá en el valle
tin tan, tin tan.*

Si quieres hoy rezaremos
si no te cansa el rezar
por tu Padre que Dios tenga
en su santa eternidad.
Escucha bien hija mía:
cuando yo era de tu edad
y junta con mis hermanos
rodeábamos el hogar,
nuestra Madre que Dios haya
nos decía que al sonar
la media noche, las almas
bajan de la eternidad
hasta el mundo de los hombres,

y al irnos luego á acostar
teníamos mucho miedo.

—Madre, ¿pero eso es verdad?
pues yo no tendría miedo.

Las almas vienen de paz
para las gentes sencillas.

¿Concluistes de adornar
la corona de violetas?

—Sí, hija mía;— ¿y cuándo irás
á llevarla?— pues mañana.

—Te quisiera acompañar.
Ya estoy buena Madrecita;
escucha, me dejarás
ir á rezar por mi Padre
en su losa funeral?

Tras una noche de angustia
y de rudo batallar
la Niña murió, y al cielo
voló su alma virginal.
¡Pobre Madre! aquellas lágrimas
la abrasaron sin piedad

trazando surcos de fuego
por su rostro; al alborear
la mañana de aquel día,
se fué en silencio á llevar
dos coronas de violetas
á una losa sepulcral,
y pidió á Dios por los muertos
y comenzó á murmurar
una plegaria á la santa
Virgen de la Soledad.

*Y aún las campanas doblaban
con acento funeral
y el eco repetía allá en el valle
tin tan, tin tan.*

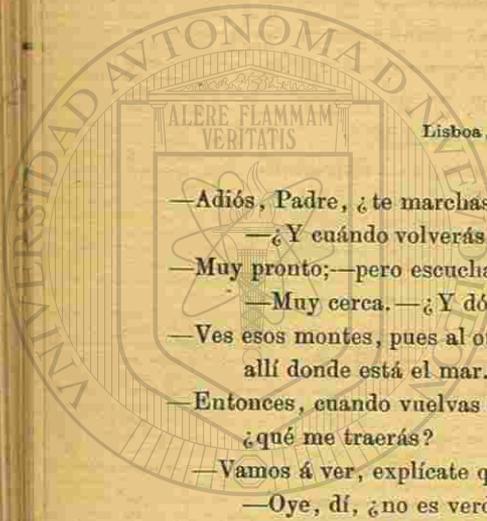




Dois-Portos, 25 Noviembre.

Madre, ¿no me oyes? ¿No oyes á tu hijo?
Escucha, escucha mi último cantar.
Ven pronto, que te llama en su agonía
tu hijo pequeño que esperando está.
¿Recuerdas Madre mía cuando alegre
pasé á tu lado mi primera edad,
cuando tú me dormías en tus brazos
contándome algún cuento en el hogar.
¿Por qué no vuelven los felices tiempos?
¿Por qué si eres tan buena has de llorar?
¿Qué crimen cometí Dios de mi Madre,
que ruego en vano sin hallar piedad?
¡Ah, sí! Es que un día ambicioné la gloria
y anhelando mi pecho el batallar
fui á luchar por mi patria en las montañas
gritando: ¡independencia y libertad!
Si oyes decir que tu pequeño un día
fué cobarde, traidor y criminal,

no los creas... son hombres sin conciencia,
no los creas, mi Madre, por piedad.
Ayer luché en el campo cuerpo á cuerpo
la tierra con mi sangre hasta empapar
y un vil sargento me llamó cobarde
robando mi honra con placer brutal.
No pude más; no pude, Madre mía,
y al escuchar su infame iniquidad
alcé mi frente y le escupí en el rostro,
por eso hoy me condena el tribunal.
¿Te acuerdas, Madre, de tu niño rubio
que adormías con plácido cantar
murmurando plegarias á otra Madre
Virgen hermosa que en el cielo está?
Ahora tiene por lecho un calabozo
donde el aire y la luz no entran jamás;
por cantares, el són de las cornetas,
y el tambor destemplado al redoblador,
y en vez de tus plegarias á la Virgen
ecos de muerte y rezo funeral.
Madre, ¿no me oyes, no oyes á tu hijo?
Escucha, escucha mi último cantar;
ven por piedad, te llama en su agonía
tu hijo pequeño que esperando está
que á tu pequeño el de cabellos rubios
mañana, Madre, le han de fusilar.



Lisboa, 2. Diciembre.

—Adiós, Padre, ¿te marchas?— Sí, hijo mío.

—¿Y cuándo volverás?

—Muy pronto;—pero escucha, ¿vas muy lejos?

—Muy cerca.—¿Y dónde vas?

—Ves esos montes, pues al otro lado,
allí donde está el mar.

—Entonces, cuando vuelvas de ese viaje
¿qué me traerás?

—Vamos á ver, explícate que quieres;

—Oye, dí, ¿no es verdad

que es muy bonito el mar?—Sí, muy bonito;

—Entonces, Padre, ¿me traerás el mar?

.....
Un adiós con acento de gemido,
de una madre y un niño el sollozar,
y el Padre amante, en busca de fortuna
cruzó la inmensidad.

¿Cuándo viene mi Padre, Madre mía?

—Dicen que va á llegar.

¡Qué dicha! Me traerá muchos juguetes
y un barco con un mar.

Y los barcos de América llegaron,
la Madre le esperó con ansiedad,
y el niño preguntaba siempre alegre:

¿cuándo vendrá Papá?

Llevó un día el correo un sobre negro,
y la Madre febril al desgarrar
leyó unas líneas y cayó en el suelo
envuelto el rostro en palidez mortal;
llegó más tarde el niño; al ver la carta
fué alegre por su Padre á preguntar,
y abrazando á su Madre la decía:

¿cuándo vendrá Papá?

No pudo más; al abrazar á su hijo
transida de dolor rompió á llorar,
y aquella voz que ahogaban los sollozos
decía con acento funeral:

reza, reza hijo mío por tu Padre
que ya no volverá.



Madrid, 11 Diciembre.

MI QUERIDA PILAR: tu buen deseo de que te escriba yo, no ha de ser vano que no en vano á los dos el mismo arrullo nos ha mecido en los maternos brazos; voy á escribirte pues, y he de escribirte en la lengua harmoniosa de los bardos que amores cantan; á tu edad hermosa la vida es el amor, el alma un canto.

Mas no creas que voy á dirigirte un discurso moral bien meditado; no he de llevar tu mente soñadora á la esfera ideal de un mundo mágico, ni he de enseñarte la onda cristalina del travesillo arroyo, el cauce manso que cruza silencioso la pradera besando flores con amante halago, y dando al céfiro que en torno bulle el suave aroma de su beso casto.

No quiero yo llevarte donde se abra de la muerte el abismo ante tu paso, donde rujan las ondas canto fiero, eco de Dios al mundo amenazando. Tampoco quiero adormecer tu mente bajo techos magníficos dorados, haciéndote aspirar suaves aromas en pebeteros de perfume arábigo, envuelta en alquiceles de oro y grana, tendida en alcatifas y brocados, entre jaspes que asoman atrevidos al través los tapices de Damasco; ni quiero yo que en sueño voluptuoso te abismes... mas ¿qué digo? ¿Voy acaso á entonar un idilio, una balada? ¿Voy á cantar un amoroso cántico al compás de la guzla ó de la cítara cave el undívago ajímez asiático? ¡Oh! no; yo quiero alzar mi pensamiento del polvo en que parece sepultado; quiero elevar tu alma á otras regiones do está de la verdad el dulce encanto; hoy no quiero yo hablar á los sentidos y aunque parezca impropio de mis años, palabras para el alma sólo quiero que broten de mis labios.

Y pues lo quieres voy á complacerte ,
mi querida Pilar, mi buena hermana,
voy á contarte escrito en malos versos
un cuento casi historia, una balada
que en un selecto autor leí hace poco,
y que excepto la forma y las palabras
íntegra vas á ver, he aquí la idea:
Era una nube; su radiante masa
vogaba por el éter transparente
cual si del mundo impuro se alejara;
la luz del sol crepuscular la hería,
y en la nube al quebrar su luz de plata,
formaba al desleirse en mil cambiantes
de nácar y oro hirviendo catarata.
Bandas de grana de rubí y topacios
contrastando en sus débiles aguadas,
retratar parecían atrevidas,
él imperio celeste de las almas.
La hora crepuscular... el sol hundía
su ígnea cabellera en lontananza,
donde se mezclan el azul del cielo
con el azul del mar; se aproximaba
la hora solitaria y misteriosa
en que los gnomos, silfos y las hadas
salen de sus palacios encantados,
hora en que al cielo suben las plegarias
de las almas sencillas que en la aldea,

escuchan el tañir de la campana.
Y el sol desapareció... la nube hermosa
perdía las celestes pinceladas
conque la ornara el sol; franjas de plomo
las de plata y topacios ocultaban;
y vino á ser á poco la áurea nube
negro crespón, la gasa funeraria
que envuelve al mundo en lóbregos vapores
mientras el mundo adormecido calla...
...Salió del mar un hada misteriosa
abrió una concha con su vara mágica
y la brisa voló, dejó ligera,
la concha donde estaba aprisionada,
é impregnada en las sales de las ondas
fué á besar las arenas de la playa,
con su hálito nocturno, humedeciendo
las florecillas que al llegar besaba.
También llegó á la nube y atrevida
quiso besar su fulgurante masa,
y al condensar su beso los vapores
como dos puras lágrimas,
al calor de este beso placentero
nacieron á la vez dos gotas de agua.
Y arrastradas en alas de la brisa
que hermanas al nacer las engendrara,

cruzaron luego en rápida carrera
cual cruza el rayo las etéreas capas:
una cayó en el mar, bullentes ondas
en su seno de azul, de nieve y plata
la recibieron en fraterno abrazo;
y en brazos de las ondas nacaradas
cruzó los mares de Occidente á Oriente
tal vez tocó de la infeliz Atlántida
los palacios, las termas y los templos,
sus rectas calles, sus grandiosas plazas
que hoy yacen sumergidas, del Oceano,
bajo la inmensa tumba solitaria.
Pasó donde á la mar tributa el Nilo
sus ondas cenagosas y sagradas,
estuvo donde el Rhin majestuoso
se aparta pesaroso de su patria,
donde se alza la Ninfa del Adriático
sobre lecho de espuma como un hada
besando los palacios de Venecia,
donde á la claridad incierta y vaga
de la luna, la góndola elegante
se posa al pie de gótica ventana,
y se escucha entre cantos melancólicos
el eterno suspiro de la dama.

.....

.....

Y vió siempre llevada por las ondas
lejanos mares, costas apartadas,
y llegando por fin donde el Eufrates
voluble arrastra sus templadas aguas
sobre un suelo oriental bajo los plátanos
entre rosas, sicómoros y palmas;
la gota que la brisa engendró un día
y que á la mar bajara,
fué á posarse llevada por las ondas
En el seno de concha nacarada.

.....

Escondida entre bosques de corales
como el rico tesoro codiciado,
su nácar, sus colores irisantes,
poco á poco robara al Oceano;
pasóse el tiempo y convirtióse en perla
de aspecto seductor y encanto mágico,
perla oriental que al verla envidiaría
la más bella Sultana del Serrallo.
Esto fué la primera gota de agua;
mas, ¿sabes tú Pilar lo que fué acaso
de la otra gota que al nacer su hermana
de la nube al caer en curso rápido
á su hermana dejó? Menos dichosa
vino á caer en el impuro fango
de un sucio lodazal acá en la tierra,

y al verter por su suerte llanto amargo
semejaba ella misma ardiente lágrima
que ella engendrara con su triste llanto.
Mas vino á poco plácida mañana
y del brillante sol rayos templados
disiparon los débiles vapores
que envolverían al mundo en su letargo;
el sol adelantaba en su carrera
que Dios trazara del Oriente á Ocaso
y á su zénit llegó, fraguó en su seno
de ardiente lava rayos abrasados,
y la gota de agua que la suerte
arrojara en el fango;
seca por los ardores del estío
tornóse luego polvo despreciado.

Dos gotas de agua nacen de una nube
y juntas cruzan el etéreo espacio:
una en el fango cae, llega á ser polvo,
otra cae en el mar, pasan los años,
y se convierte en perla del Oriente
de aspecto seductor y encanto mágico.

Las almas, puras cual las gotas de agua
nacen de Dios y cruzan el espacio

«ser perlas ó ser polvo eso depende
del sitio en que cayeron al acaso.»

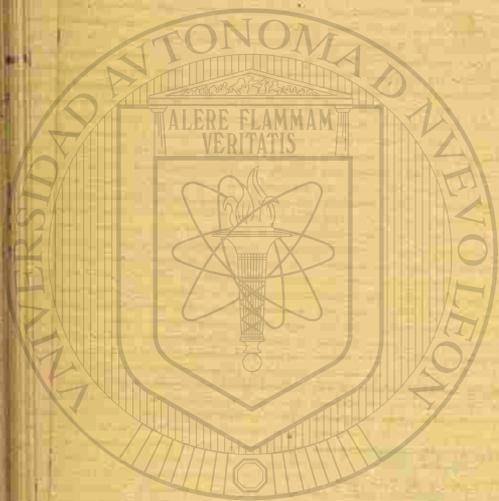
Tú, querida Pilar, eres la gota
que cayó de la nube al Oceano.
Si quieres tú serás perla de Oriente
de esencia virginal. Adiós.

TU HERMANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CORONA DE AZAHAR

I

DICEN que tienes que marchar, ¿es cierto?
Dímelo, Jorge, dímelo ó me enfado,
Dicen que el siete zarparéis del puerto.
¿Es cierto? ¡sí! ¡qué triste es ser soldado!
Y dices que me quieres con locura
Y hasta escribes mi nombre en tu machete;
Pues vaya que me gusta tu frescura,
Te callas como un muerto
Y aunque estamos á cinco, el día siete
Aseguras tranquilo que es muy cierto
Que el día siete zarparéis del puerto.
— ¡Adiós! Ana, me espera mi navío
Antes de un año volveré á buscarte.

— Júramelo por tu honra, Jorge mío,
Júrame no olvidarme.

— Ves, Ana, aquel naranjo, el más lozano
De todos los naranjos de tu huerto,
Donde grabé enlazados nuestros nombres;
Pues te juro, bien mío, si no he muerto,
Cuando vuelva á dar flor pedir tu mano,
Y con su azahar coronaré tu frente
Que será entre sus flores la más pura,
Y en la Iglesia vecina el señor Cura
Unirá nuestras almas santamente.

.....
¿Será verdad? decía sollozando

Ana que recordaba
Aquel sano consejo
De un tío suyo que murió de viejo,
(Escéptico en amor, que aseguraba
Que desde que perdieron la inocencia
Eva y Adán, los hombres y mujeres
O han buscado al amarse los placeres,
O entienden el amor por conveniencia).
Pero es el caso que Ana,
Que había puesto en Jorge su cariño,
No pensó más allá que piensa un niño
Ni imaginó lo incierto del mañana.
Y como aun sin saberlo es inocente

Allí mismo en la orilla
Delante de la gente
Sin darse cuenta en amoroso exceso
Acercó á la de Jorge su mejilla
Y un beso le cambió por otro beso.

.....
.....
Pasaron días y después semanas;
Y todas las mañanas
Al contemplar la estela del velero,
Permanecía Jorge el marinero
De tal manera absorto, ensimismado,
Que cualquiera diría,
Que su alma se anegaba en poesía
(Si la poesía es lícita á un soldado.)
El limpiaba las bordas y el juanete
Y trepaba á la cofa de mesana,
Se colgaba en las vergas del trinquete
Siempre pensando en Ana,
Mientras seguía el barco su carrera
Veloz de tal manera,
Que ya le sople el viento
De bolina, de popa ó barlovento,
O revuelto le acose en los ciclones,
Ya terrible levante tempestades,
Convirtiendo del mar las soledades
En hondos turbiones,

No recorre los mares más ligero
Que el velero de Jorge otro velero

.....
.....
¿Sabéis Ana que hacía
Mientras Jorge corría y mas corría?
Pues la pobre lloraba,
Lloraba en el jardín de sus amores
Y las flores con lágrimas regaba
Y aun brotaban sus lágrimas más flores
Y si por dar alivio á los pesares
Algún cantar preludia, cuando canta
Antes que nacen mueren sus cantares
Pues la pena los ahoga en su garganta.
Pasó el verano y se acercó el invierno
Y Ana esperaba un día y otro día
Una carta que Jorge no escribía,
¡Dios mío! ¿será eterno
Su silencio? decía en su delirio
Y aunque raya en lo místico su alma,
Rogaba á Dios le ahorrara aquella palma
De un martirio de amor al fin martirio.
Pero nada de cartas; el correo
Que era un hombre muy feo
Era casi un demonio para Ana.
Por fin una mañana
Entró mi hombre una carta muy contento,

Y aunque era repugnante como un sapo,
Apostaría doble contra ciento
Que era entonces para Ana un hombre guapo.
No pensó más sedienta de noticias
De Jorge el marinero,
Sin dar los buenos días al cartero
Rasgando el sobre desdobló la carta
Y al buscar anhelante
Allá al final de la carilla cuarta
La firma de su amaute;
En vez de hallar un *Jorge que te adora*
Encontró la infeliz para su daño
¡Amargo desengaño!
• Tu Tía, que te quiere, *Salvadora.* •
No pudo más, y sin leer siquiera
Partió la carta en veinticinco trozos
Y rompiendo en sollozos
Y loca por la pena que la liere
Se decía pensando á su manera:
¿Qué me importa si Jorge no me quiere
Que mi tía me quiera ó no me quiera?
Desde el día aquel Ana
No fué más Ana; el sol de sus amores.
Al alborear en plácida mañana,
Sin que la noche con su luz sacuda
Escondió sus divinos resplandores
Tras las nubes opacas de la duda;

Las frescas rosas de sus dos mejillas
Tornáronse amarillas,
Las breves líneas de sus labios rojos
Parecían de hielo,
Y el destello profundo de sus ojos
Con esa beatitud que apaga enojos
Copiaba azul la inmensidad del cielo.
Y al verla llorar tanto
Le decían tal vez sus compañeras
— ¿Por qué lloras, querida?
— Soy así, contestaba, horas de llanto
Y reír un segundo esa es la vida.—
Entre tanto la pobre poco á poco
Como luz mortecina que se apaga
Se iba consumiendo,
Su pobre Tío se volvía loco
Por encontrar la llaga
Y su salud tan quebrantada viendo
Que llegaba á inspirar serios temores,
Reunió en una consulta los doctores.
— Es tisis, decía uno,
Que observó el gorgorismo de su pecho,
Dudo que llegue á abandonar el lecho.—
Habló el más viejo y dijo: — Yo, señores,
Siento que en el aprecio disentamos
Del mal que nos ocupa, el caso es grave
Y digo yo: quién sabe

Si acaso esos rumores
Que observo al auscultar, salen del pecho
O es la pleura que oprime los pulmones;
O son del corazón según sospecho.
Yo opino que los vasos arteriales
No ejercen por completo sus funciones,
Los ventriculos marchan con torpeza
No funcionan las válvulas mitrales
Y de aquí el divagar de la cabeza,
Y paso á formular mi diagnóstico:
Tiene esta niña el corazón muy grande
Hipertrofia cardial, y es mi pronóstico
Que si no cesa ese rumor eterno,
— No sé, no sé si pasará el invierno.
Y tenía razón; la niña aquella
Tan pura y candorosa como bella
Tenía un corazón tan grande, cuanto
El pecho era estrecho, tan estrecho
Que le saltaba el corazón del pecho.
Nevó aquel año tanto
Que el blanco de la nieve y de las flores
De los pocos naranjos que vivieron,
Mezclaron sus colores,
Y todos los ancianos convinieron
En que nunca en los días de su vida

En el país se viera
En extraño consorcio tan unida
A un invierno glacial la primavera

La pobre Ana entre tanto

Aunque vive viviendo de esperanza
Triste como los últimos fulgores
Del sol crepuscular que en lontananza
Oculta de la noche el negro manto;
Anémica y sombría,
Víctima la infeliz de sus amores,
Se acercaba al sepulcro cada día
Pensando siempre en Jorge el marinero.
¡No me ama! se decía, por mi suerte
Aun me queda otro amor, el de la muerte;
Tal vez me ama ¡sí! ¡sí! destino fiero
Por qué morir tan joven; ¡Dios piadoso!
Si Jorge me ama es el vivir hermoso;
Yo quisiera vivir, y entonces iba
Al huerto, donde riega porque viva
El naranjo querido cuyas flores
Juró Jorge enlazar á sus cabellos.
¡Ay triste! si el naranjo aquel muriera
Confidente feliz de sus amores,
Ana sufriendo su mortal herida
Los destellos perdiera

De sus ojos azules, y con ellos
Al perder el amor diera su vida.

II

En tanto Jorge el mismo que juraba
Al pie de aquel naranjo tan lozano
Pedir de Ana la mano
Si volvía á dar flor y si él tornaba,
Conoció en Veracruz á una chilena
Y sin pensar siquiera que en Europa
Hay una amante que dejó hacia popa
Y sin que el ser perjuro le dé pena,
Talló con su machete de soldado
Una cruz en el pie de un cocotero,
Y cayendo á sus pies enamorado
Le juró por la cruz amor sincero,
Hasta que una mañana
Cuando más olvidado estaba de Ana
Tuvo Jorge que hacer rumbo á su tierra
A seguir los azares de una guerra,
Y al despedirse de su nueva amante
Voluble como un niño,
Le prometía en serio ser constante
Si es el hombre constante en el cariño.

—No temas, mi paloma, le decía
Con acento de amor que seducía
Cuando otra vez florezca el cocotero
Volverá por tu mano el marinero
Convertido en teniente de navío,
Y después de un *te adoro dueño mío*
En criminal exceso
Sin acordarse de Ana,
En los labios de aquella americana
Dejó loco de amor ardiente beso.
Pocas horas después, con cielo hermoso,
Izada la bandera,
Surcaba el mar en rápida carrera
El navío de Jorge, majestuoso.
Y un día se pasó tras otro día,
Y el Oceano seguía
En su completa calma
Sin que riece sus ondas leve el viento;
¿Y Jorge?... tal vez siente que en su alma
Se desata rugiendo la tormenta
Que levanta cruel remordimiento.
Por fin una mañana
Alcanzaron á ver como una nube
Una punta de tierra muy lejana.
¡Hurra! ¡hurra! gritaba un marinero,
No hay en España barco más ligero.
¡Viva nuestro velero! ¡viva España!

Y aquella nube allá en el horizonte
Se iba agrandando y parecía un monte
Y las formas tomó de una montaña.
Jorge estaba de guardia en las toldillas,
Como una estatua, cabizbajo y mudo,
De tal manera que cualquiera pudo
Ver en llanto bañadas sus mejillas.
¿Por qué lloraba triste aquel soldado?
¿Qué pensaba? ¿qué hacía?
¿Qué pena tan terrible le oprimía
Para así vacilar? ¡desventurado!
¿Eran los ecos de su amor primero
Que traían las auras de su tierra?
¿Ó el estampido fiero
Del lejano cañón allá en la guerra?
No adivináis tal vez; ¡ah! presa horrible
De vengador tormento,
Suspendido entre amor y sentimiento
Luchaba entre lo real y lo imposible.
Si se hundiera este barco, se decía,
¡Qué dichoso sería!
Triste, muy triste es el vivir ¡Dios mío!
Si yo he de ser el único que muera
Perdóname Dios santo, mas quisiera
Que se hundiera en las ondas mi navío.
.....
La mar éstaba gruesa, pero el cielo

No podía inspirar ningún recelo.
Era el trece de Abril; un viento fuerte
Mantenia las velas tan hinchadas
Que aún hubo que cogerles tres orzadas.
Ligero, airoso sin temer su suerte
Bogaba cabezeando el buen velero
Sin que pierda un instante el derrotero,
Mas de pronto, una racha
Aceleró la marcha del navío
Que se fué á embarrancar en un bajío;
— ¡Amainad esas velas! ¡vira abante
Hacia estribor! el capitán gritaba,
Con voz que parecía de un gigante,
En tanto que el vigía
Señalaba en el barco la avería.
No pudo resistir y dió un crujido
Al encallar la quilla,
Cual si exhalara el último quejido
Algún monstruo del mar. ¡Ea! al instante
Las bombas á evitar la vía de agua,
Traed el cabrestante
Y cerradme al momento esa escotilla,
Otra manga, esta bomba no desagua;
Y el agua iba subiendo en la bodega
Y luego... luego á la cubierta llega.
— Fuera amarras, al agua con los botes.
El barco va perdido; ved si queda

Algún enfermo allá en los camarotes
Y sálvese quien pueda,
Decía el capitán con ronco acento
Y lágrimas amargas en los ojos
Cual si de aquellos fúnebres despojos
Pronunciara al morir su testamento.
Y por más que no hay hombre ni grumete
Que no diga llorando
Que no quiere meterse en ningún bote
Si el capitán con ellos no se mete,
¡Adiós! les dijo, que os salvéis os mando;
Y tranquilo cerró su camarote.
Y el barco abandonaron
Y solos en el barco se quedaron
El capitán y Dios; mas no, que miento,
Junto á un girón de vela
Que destrozara el viento
Permanecía Jorge el centinela,
Y al verle el capitán, entusiasmado
Del valor y lealtad de aquel soldado
Le estrechó entre sus brazos y le dijo:
— Jorge, te pido que te salves presto.
— Perdón, mi capitán, este es mi puesto
Y en él el centinela ha de estar fijo
Mientras quede un pedazo de cubierta
Donde posar mi pie. ¡Desventurado!
Aquel bravo soldado

Terciado su machete,
Parecía mirar como un juguete
La llanura del mar siempre desierta,
Inmensa tumba que á sus pies se abría
Y estático, de pie, mudo y sombrío,
Como un mástil clavado en el navío
Al hundirse en las ondas, parecía
Fatídica figura,
Siniestra evocación, fantasma humano
Que empezaba á tragarse el Océano
Convertido en inmensa sepultura.

.....
Y después... ¡ah! después silencio y muerte
Y el chapotear del mar contra la roca
Rumor siniestro que en la mente evoca
El sarcasmo sangriento de la suerte.
Nada hay que turbe el lúgubre misterio
Del vasto cementerio;
Sólo se oían fúnebres en torno
De aquel naufragio de esperanzas rotas
Olfateando el festín, las gaviotas.

III

Pasó una noche, y al rayar el día
Mi buen Jorge dormía,
Y no el eterno sueño en el abismo;
De fijo no acertáis donde se hallaba
El bravo centinela; descansaba
Soñando en delirante paroxismo
En la choza de humildes pescadores.
—Callad, decía, á ver si os estáis quietos;
Una anciana que raya en los setenta
A unos niños alegres, bullidores
Como rayos de sol, que eran sus nietos.
Tened hijos en cuenta
Que duerme en esa cama un marinero
Que salvó vuestro padre en la tormenta;
No piséis fuerte, y si tenéis cuidado
Os promete esta noche vuestra abuela
Que os contará la historia de Gabriela,
O el cuento de aquel pájaro encantado.
¡Silencio! les decía, hablad muy quedo,
Y tapaba su boca con el dedo.

.....
.....

Aún se oía en la negra chimenea
Que sube hasta el tejado de la casa
El viento fiero que silbando pasa
Y los álamos blancos verduguea
Entre sus ramas fúnebre llorando;
Y aquel bramar extraño de los vientos
Mezcla de imprecaciones y lamentos
Siniestras carcajadas de la suerte
Al cortarse en las rocas, parecía
Que el viento se dolía
En ayes melancólicos de muerte.
Y Jorge en tanto, frío, aletargado
Con el sueño profundo del ahogado
Soñaba delirando mil visiones,
Abismos insondables de los mares,
Monstruos gigantes, mágicos cantares,
Mundos ignotos, lóbregas regiones,
Imágenes etéreas peregrinas
De vaporosas hadas,
Madréporas y conchas nacaradas,
Bosques inmensos, grutas subacuáticas,
Y allá en el fondo de ignorado valle
Hacia el final de una anchurosa calle
Que modelan en formas caprichosas
Bancos de esponjas, pueblos infusorios,
Le parece que ve en su calentura
Su propia sepultura

Entre nichos mortuorios
Y que en aquellas fosas
Hay cruces de coral sobre las losas.
Y sin saber lo real, lo positivo,
Sus sentidos inciertos
Le hacen soñar al pobre, aunque está vivo,
Que es un algo en el mundo de los muertos,
Y soñaba de pronto que sentía
Mucho frío, corriendo por sus venas
Y sin dejarle respirar apenas
Algo extraño que el pecho le oprimía,
Y una mano de hierro le cogía
Tirando sin piedad de sus cabellos
Con tanta fortaleza,
Que cualquiera diría que con ellos
Había de arrancarle la cabeza.
.
.
.
Han pasado unas horas:
Espesos nubarrones
De un azul ceniciento
Cruzaban en mil formas vagadoras
Las etéreas regiones
Como vellones que arrastrara el viento.
En tanto Jorge sin saber, errante,
Caminaba con paso vacilante
Por las calles de un pueblo conocido
Donde se halla una casa como un nido

Que entre flores de azahar está escondida
Y en esa casa oculta es donde anida
Una niña de rubia cabellera
Ave gentil de amores mensajera.
Estaba el infeliz tan aturdido,
Que el eco de los pasos que avanzaba
Le parece una maza que se clava
En sus sienas que zumban palpitantes.
¿Soy acaso aquel Jorge, el Jorge de antes?
¿Quién soy yo? ¿dónde estoy? ¿quién me ha saca-
De aquella tumba que me daba frío? [do
Se pregunta en su loco desvarío.
¿Ven mis ojos la luz? ¿están despiertos?
¿Por qué me han despertado
Si dormía tan bien entre los muertos?
.....
¿Será verdad? ¿las auras bienhechoras
Me habrán vuelto á tus playas, patria mía?
¿Sois luz, sois realidad ó fantasía?
Imágenes del alma tentadoras,
¿Por qué á mi mente recordáis las horas
Que he pasado entre locas aventuras?
Y Ana, ese ensueño de mi edad primera
Que en otros tiempos adormía mi alma
Como una aura feliz de primavera,
¿Por qué me roba al recordar la calma?

¿Es que esa niña candorosa y pura
Es víctima tal vez de mi locura?
¡Oh! no, no me ama ya, soy un infame,
Hice un crimen de amor que me condena
A sufrir en el mundo horrible pena.
¡Pero sí! tal vez me ame...
Yo me echaré á sus pies; Ana es tan buena
Que al verme arrepentido
A sus plantas caer enamorado,
Tal vez dará al olvido
Absolviéndome así de mi pecado.
Yo no soy yo; el Jorge aquel liviano
Que juraba en el pie de un cocotero
A una mujer de amor aventurero,
Volver al nuevo mundo por su mano;
Aquel soldado de ambiciones locas
Naufragó entre unas rocas
Encontrando por tumba el Oceano.
¡Madre que en paz descansas en el cielo,
Si es que escuchas mi llanto en esa altura,
Ten piedad de tu Jorge sin ventura
Que llora en vano sin hallar consuelo,
Si es que condenas mi inmortal anhelo,
Si no sientes de tu hijo la amargura
¿Por qué cerraste, dí, mi sepultura
Dejándome sin rumbo en este suelo?
Si Ana no me ama, es un dogal la vida,

Oye Madre mi súplica ferviente
¿Qué hará en el mundo un hombre que no siente?
Buscando en vano la ilusión perdida
Si me ha dado la vida un Dios clemente,
¡Devuélveme mi amor, madre querida!
Dijo y corriendo como corre un loco
Y regando con llanto su camino,
Una calle tras otra y más cruzaba
Con marcha tan ligera,
Que cualquiera diría le arrastraba
La fuerza irresistible del destino
En rápida carrera.
Á una calle llegó por fin jadeante
Una puerta buscó con ansia loca,
Y con paso tardío, vacilante
Latiéndole violento
Dentro del pecho un corazón amaute,
Franqueó la puerta que en su mente evoca
Sueños de amor que se llevara el viento.
Ana estaba en el huerto con sus flores
Pálida y triste como flor marchita
Que el viento fuerte con su aliento agita
Por robarle sus últimos olores;
A veces levantaba su cabeza
En busca de aire, al respirar tosía
Y su boca pequeña se teñía
Cual si hubiera comido una cereza.

Pasó junto á un naranjo, alzó sus ojos
Y allí á su sombra se sentó en un banco,
Lecho nupcial de flores, tapiz blanco,
Tejido con sus fúnebres despojos,
Junto aquel árbol ocultaba el suelo;
El viento del Oceano,
Le había arrebatado aquellas flores
Que en torno de sus pies amontonaba,
Mientras Ana cogía con su mano
Pensando en sus amores
Los capullos de azahar que le llevaba
La brisa hasta sus pies... luego un ruido
Vino á sacarla de su triste ensueño;
Volvió los ojos instintivamente
Y al ver que un hombre avanza lentamente
¿Es posible? ¿será mi amor perdido?
¿Es realidad ó sueño?
Se pregunta en nervioso paroxismo,
— ¡Ana! — ¡Jorge! — perdona á un desgraciado
Que se arrastra á tus pies enamorado.
Y lloraron los dos; pero un abismo
Se abría entre su amor. — Jorge, dijo, Ana,
Hoy te perdono yo, quizás mañana
Yo necesite del perdón del Cielo
Que me lave del fango de este suelo.
— ¿Sí? ¿me perdonas Ana? ¡Eres tan buena

Como un Angel de paz! pero te pido
No me condenes á sufrir la pena.
¿Qué soy yo sin tu amor? algo perdido
En una cárcel que se llama el mundo;
Un sér aborrecido,
Náufrago en mares de dolor profundo.
Ana, te quiero más que á la memoria
De la dulce sonrisa de mi madre
Que escucha mis palabras en la gloria,
Te quiero hoy mucho más que te quería,
¿Recuerdas aquel día
Que al pie de este naranjo eternamente
Juré que te amaría y con sus flores
Prometí coronar nuestros amores,
Enlazando sus flores en tu frente?
Vengo, pues, á cumplir mi juramento
Solo tengo en tu amor mi pensamiento.
¿Y tú ya no te acuerdas del soldado
Que te juraba amante
En su pecho tu amor guardar constante?
¡Y callas Ana! dí ¿me has olvidado?
Eres algo de mármol insensible.
— Pintas, Jorge, un amor que te fascina
Y tu alma no adivina
Que aquello que juraste es imposible.
— ¿Imposibles? ¿por qué nuestros amores?
¡Si esa es mi voluntad, si ese es mi anhelo!

— Mira, mira el naranjo, ya no hay flores,
Están todas marchitas por el suelo;
El viento las sopló de tu inconstancia
Y perdieron sus nítidos colores,
Su esencia virginal y su fragancia.
— Ana, tienes razón; dentro de poco
Partiré allá muy lejos de esta tierra,
No vuelvas á acordarte de este loco
Que va en busca de suerte
A seguir los azares de una guerra.—
Y esto diciendo y enjugando el llanto
Que brotaban sus ojos á torrentes
Se dispuso á salir de aquella casa.
Ana palideció.— Dí, ¿qué te pasa?
Dijo Jorge asustado, no lo intentes,
Tú no te marcharás, yo no lo quiero,
Murmuraba con voz que parecía
Débil gemido. Y Jorge le decía:
Si aquí viviera sin tu amor me muero.
— Y si te amara yo— ¡dí! ¡dí! ¿qué has dicho?
Si me quisieras como yo te quiero
Dí que me quieres, Ana,
No me hagas padecer suplicio horrible.
— ... Si ya no hay flores, Jorge, es imposible.
— Bien, pues entonces partiré mañana.
— ¡Ten compasión de una mujer que llora!
Eres cruel, me has hecho mucho daño;

Siento aquí dentro palpar extraño,
Dolor atroz que el corazón devora.

— Amame, pues, y un mundo de alegría

Cambiará por placeres tus dolores.

— ¿Para qué quieres, Jorge, unos amores

Que arrulla el estertor de una agonía?

— Quiero tu amor, porque en tu amor me inflamo.

— Y yo no puedo amar porque me muero.

— ¿Morir has dicho? ¡Oh! no, si yo te quiero.

— Me ahoga el dolor ¡piedad!... Jorge, ¡te amo!

.....
Y se agitó nerviosa. La ruptura
De un aneurisma le causó la muerte
Y clavando sus ojos en el cielo,
Patria feliz, donde aquella alma pura
Iba á gozar de venturosa suerte,
Su cuerpo frío desplomóse al suelo.
El viento que aun gemía
Le llevaba las flores que desgaja,
Y ciniendo su frente parecía
Que con aquellas flores le tejía
LA CORONA DE AZAHAR para mortaja.

